

SERVICIO
SECRETO

SS

ALARMA GENERAL

Lou Carrigan





Lou Carrigan

Alarma general

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1505

ePub r1.1

Lds 24.10.19

Título original: *Alarma general*

Lou Carrigan, 1979

Cubierta: Salvador Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Él se llamaba Elvis, y ella Alice.

Eso era todo.

Bueno, tenían apellidos, naturalmente, pero hasta ellos mismos empezaban a olvidarlos, quizá porque sólo los utilizaban para firmar. Por lo demás, les iba estupendamente solo con los nombres.

¡Vaya si les iba estupendamente!

En aquel momento, Elvis acababa de separarse de Alice, tendiéndose a su lado sobre la gran toalla de colorines extendida sobre la arena y bajo un bonito y enorme parasol de colores clavado en aquélla. Alice todavía estaba suspirando cuando Elvis preguntó:

—¿Bien?

—¡Oh! —exclamó ella.

—¿Eso quiere decir que sí o que no? —Frunció el ceño él.

—¡Ooooooh...! —insistió ella.

Elvis asintió, se colocó bien de lado y besó a Alice en la cumbre de un seno. Ella dijo otra vez lo de «¡Oooooh...!», y él tuvo que comprender.

—De acuerdo —asintió—; ha estado bien, ¿no es eso?

—Ha estado muy bien —dijo ella, entre más suspiros—. ¡Y eso que nos hemos olvidado el *Kamasutra* en el yate!

—Tengo buena memoria —casi sonrió él.

—Ya lo creo que la tienes —ella le rodeó el cuello con sus preciosos bracitos delicadamente torneados—. ¡No has olvidado un solo detalle! Pero, dime, ¿cómo te ha ido a ti?

—Psé.

—¿Cómo, psé? —Respingó ella.

—Psé.

—Un momento, un momento —se indignó Alice, de modo que

sus bellas carnes desnudas se estremecieron—. ¿Qué quiere decir «psé»? ¿Eh? ¿Qué quiere decir? Acabamos de hacer el amor los dos solitos en esta playa, al aire libre, con la brisa marina, el calor del sol... y mis besos apasionados... y dices: ¡psé!

—Psé.

—Bueno, ¿sabes lo que te digo, Elvis?

—¿Qué, mi amor?

—¡Que eres un hipócrita!

—Es cierto —admitió él.

—Ah... ¡Ah, lo admites! ¡Y eso significa que lo has pasado divinamente en mis brazos!

—Naturalmente que sí, mi vida.

—Ah, bueno —se amansó Alice, la rubia y bellísima Alice—. No me gustan esa clase de bromas. Me pones tan furiosa que haces que salgan llamas de mis perversos ojos verdes.

—Me gustaría abrasarme en esas llamas.

Ella rió quedamente, volvió a abrazarse a su cuello, le mordisqueó una oreja, y susurró:

—¿Qué te parece si ahora utilizáramos una de las técnicas del *Ananga Ranga*?

—Te lo advierto: vas a acabar conmigo.

—Pero será una dulce muerte, mi amor.

—Eso es cierto. Pero te lo advierto también: si seguimos así, la Wwww se va a quedar sin sus mejores agentes.

—Ya buscarán otros. ¿Por qué no me besas en...?

Pit-pit

,

pit-pit

, comenzó a sonar un leve sonido intermitente, seguido y rápido.

—Me ha salvado la campana —masculló Elvis.

Se volvió hacia las dos cestas playeras de paja que tenían junto a ellos, metió la mano en una, y sacó el pequeño radiotransmisor, que seguía sonando con su pit-pit-pit.

—¿Sí, qué hay? —Gruñó.

—Señor —dijo una voz, con tono respetuoso—, ya les han visto a ustedes en la playa.

—Bien. Muchas gracias —cerró el aparato, lo dejó en la cesta, y miró a Alice, sonriendo secamente—. Ya nos han visto, mi amor.

Por más esfuerzos que hizo, el sujeto que desde unas rocas miraba hacia el parasol, no pudo ver gran cosa más: las piernas de un hombre y una mujer sobresalían por la parte del parasol que daba a la playa. Y tal como había visto colocadas las piernas hacía poco, la cosa estaba clara.

Así que el tipo de los prismáticos estaba atónito.

—Esto es de pasmo —se dijo a sí mismo—. Vienen aquí y se ponen a hacer el amor. Deben estar locos.

Por entre las rocas que se elevaban sobre la reluciente arena, volvió a mirar hacia el parasol con los prismáticos. Nada, que sólo veía las piernas... Pero ¡qué demonios!, tenía más que suficiente. Así que decidió no perder más tiempo. Se incorporó, echó un último vistazo al parasol bajo el cual un hombre y una mujer desnudos disfrutaban de la vida y del amor, y echó a correr hacia el chalé construido a unos ciento cincuenta metros del borde del acantilado. Llegó resoplando, entró a toda prisa y apareció en el saloncito, bufando.

—¡Ahí están! —jadeó—. ¡En la playita hundida!

Un sujeto alto, gordo, calvo, que llevaba unos cómicos lentes de sol de cristales redondos, pequeños, de color morado, se puso en pie de un salto, anticipándose a la reacción de los otros dos que le acompañaban, y que, como el recién llegado, tenía un aspecto patibulario y canallesco de lo más logrado.

—¿Estás seguro? —gritó el gordo, calvo y alto.

—Segurísimo, señor Maremontagna: son ellos, esa chica del pelo rubio y el tipo serio como un culo. Me acerqué a mirar a la playa porque oí un motor, o me pareció oírlo. Y así era: han llegado a la playita con una de esas pequeñas balsas hinchables con un motorcito fuera de borda.

—¿Y qué están haciendo?

—Bueno... Han clavado en la arena un gran parasol listado de colores, se han puesto en pelotas los dos, y se han dedicado a darle gusto al cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Caray, jefe... ¡Que se han puesto a pedir niños a París!

La estupefacción cundió en el tercero. Y desde luego, el más

estupefacto era el llamado señor Maremontagna. Pero también era el más listo, sin duda alguna.

—Algo están tramando —murmuró—. No me gusta esto, sería cosa de locos. Bueno, allá ellos. Yo voy a por el material: vosotros tres id allá, acribilladme a esa gente y volved. Os estaré esperando con el coche preparado. ¡Vamos, moveros! ¡Y no me falléis esta vez, no vengáis diciéndome que no sois capaces de acribillar a una pareja que está tomando el sol y atontados por la ración de sexo! ¿Está claro?

—¡Clarísimo, señor Maremontagna!

Los tres tipos salieron del saloncito, abrieron un armario disimulado en el vestíbulo con un panel de madera, y sacaron cada uno un rifle de precisión de la estantería donde había otras varias armas.

—Esta vez —farfulló uno de ellos— les vamos a dar para el pelo a esos dos de la Www.

—Lástima —sonrió ladinamente otro—. A mí me habría gustado más darle un buen revolcón a la rubia. ¡Está terrible, os lo juro!

Mientras hablaban, colocaron los silenciadores a los rifles. Luego, sin más comentarios, salieron de la casa, y corrieron hacia el acantilado bajo el cual estaba la diminuta playita de arenas resplandecientes. En cuanto se asomaron, vieron el parasol. Y por la parte de éste que daba al mar los dos pares de piernas, en una postura que los dejó no poco perplejos.

—Parece que estén haciendo gimnasia —susurró uno.

—Sí, sí, vaya gimnasia... ¡Vaya par de calientes!

—Pues vamos a enfriarlos.

Apuntaron los tres hacia el parasol, estuvieron asegurando el tiro tres o cuatro segundos, y de pronto comenzaron a disparar los tres a la vez. Perforaron el parasol, lo dejaron convertido en un colador que dejaba pasar finos rayos de sol, y vieron moverse las piernas, que finalmente quedaron en una postura todavía más rara e increíble.

—A ese tipo ya no se le pone nunca más a punto el arma —rió uno de los tres asesinos—. ¡Vamos a ver cómo han quedado! Tengo curiosidad por saber «cómo» lo estaban haciendo.

Los tres comenzaron a descender por las escaleras cavadas en las rocas...

Mientras tanto, el señor Maremontagna salía de la casa, cargado con una maleta de tamaño mediano, pero que pesaba considerablemente. Era lógico, ya que contenía nada menos que cuatro millones de dólares en apretados fajos. Sí, señor, cuatro millones de dólares con los que pensaba iniciar el gran negocio, la cochinada más grande de la Historia de la Humanidad...

—Buenos días, señor Maremontagna.

Al señor Maremontagna casi le saltaron los cómicos lentes cuando, al oír el saludo, volvió la cabeza y vio, junto a la pared de la casa, a la chica rubia de ojos verdes. Estaba completamente desnuda, bellísima, sonriente... pero en la mano derecha sostenía una pistolita de lo más gracioso, con la que apuntaba firmemente el ancho corpachón del señor Maremontagna.

—Pero —jadeó éste—, pero...

—¿Será tan amable de darme esa maletita, caro amigo? —pidió cortésmente Alice.

—¡La madre que te parió...! —aulló el gordo y calvo.

Y mientras aullaba, soltó la maleta... para llevar la mano hacia la axila izquierda.

Alice no se inmutó. Simplemente, apretó el gatillo de su pistolita, que apenas hizo un gracioso «plof» cuando disparó una diminuta bala... que perforó la frente del señor Maremontagna, llegó a su cerebro y quedó allí, parando toda la maquinaria del corpachón del italiano. De momento pareció que no hubiese ocurrido nada: el señor Maremontagna ni siquiera se movió. Pero de pronto se vino abajo como un globo súbitamente deshinchado y los lentes saltaron por el aire cuando la cabezota calva rebotó contra el suelo.

Alice se acercó a él, y sólo tuvo que mirar sus abiertos ojos para saber que Maremontagna estaba tan muerto como un guerrero vikingo. Encogió los hombros, agarró la maleta y emprendió el regreso a la playita, sin preocupación alguna.

Llegó a los tramos de escalones cavados en la roca, descendió a la playita, fue hacia el parasol pasando por encima de los tres cadáveres, y se sentó junto a Elvis, que estaba sentado sobre la toalla, fumando un cigarrillo. Junto a Elvis se veían, deshinchados y

perforados por no menos de treinta balazos, la muñeca hinchable y el muñeco hinchable que, transitoriamente, habían ocupado el lugar de los dos agentes de la Www.

—Siempre me toca lo más fácil —refunfuñó Alice—. Yo sólo he tenido que vérmelas con uno, mientras tú te has enfrentado a tres.

—Pero si ha sido facilísimo —aseguró Elvis, mirando el humo del cigarrillo a contra sol—. Dispararon como locos y bajaron como tontos. Sólo se dieron cuenta de la jugada cuando estaban metidos en el cepo. Y les advertí de veras: chicos —les dije—, dejad caer esos artefactos y podréis seguir disfrutando de vuestra tontería...

—¿Y...?

—Comprenderás —gruñó Elvis— que si los he matado a los tres ha sido porque me di cuenta de que sus intenciones eran no rendirse... ¿Te has cargado a Maremontagna?

—Yo tampoco he podido evitarlo —asintió Alice.

—¿Qué tal si echamos un vistazo a cuatro millones de dólares?

—Estoy enfadada contigo... ¡La próxima vez, yo haré la parte más difícil! ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo... Ya sabes que no soy machista, de modo que te dejaré la iniciativa y que corras el peligro —soltó un gruñido—. ¿Es eso lo que te gusta?

—Sí —sonrió Alice.

—Pues trato hecho —gruñó de nuevo Elvis—. Y será mejor que nos larguemos de aquí. Ya miraremos el dinero en el yate.

Se pusieron los trajes de baño, recogiendo pulcramente las cosas, saltaron al botecito hinchable y emprendieron el regreso al punto de la costa donde estaba esperándoles el yate propiedad de la Www.

Llegaron sin novedad, subieron a bordo por la blanca escalerilla lateral y señalaron el bote al tripulante que les contemplaba sonriente.

—Recójalo todo —dijo Elvis.

—Sí, señor... Les están esperando abajo, señor.

No preguntaron quién les esperaba. Bajaron al *living-yacht*, simplemente, y se quedaron mirando al sujeto que se había instalado cómodamente en el diván corrido bajo el ventanal que daba a la cubierta del espléndido yate. Los dos lo conocían sobradamente: era uno de los más significados jefes de la Www, es decir, de la Watch Wide World, la Vigilancia Universal, la

organización dedicada a combatir el mal en todo el mundo... y para la cual tenían el honor de trabajar.

—Me han dicho —habló el hombre, sonriente— que se dedican ustedes a hacer el amor desnudos en esas playas.

Elvis colocó la maleta sobre las rodillas del hombre, muy serio, mientras que Alice sonreía divertida.

—El dinero —masculló Elvis.

—Ha sido un buen trabajo —aprobó el jefe de la Www.

—Nos han ayudado a distancia, así que hay otros compañeros que también tienen sus méritos.

—Yo creo —dijo el hombre— que a ustedes les estiman tanto en la Www precisamente porque son tan buenos compañeros. Bueno, me gustaría poder decirles que se tomaran unas vacaciones, pero no va a poder ser. Los vamos a desembarcar en la costa, cerca del aeropuerto Leonardo da Vinci, desde el cual, en una avioneta a nombre de Elvis, emprenderán vuelo a Casablanca, Marruecos, Africa...

—Gracias por la lección de Geografía —rió Alice—. ¿No tenemos tiempo ni para tomar el sol?

—Lo siento, pero no. A menos que rechacen el trabajo, cosa que me permito dudar, considerando cuál es el asunto.

—¿Cuál es el asunto?

—Bueno, digamos que ha cundido la alarma general en el mundo: alguien ha instituido un premio para la guerra.

Elvis permaneció impávido, como siempre. Alice se llevó una mano, con gracioso gesto, tras una orejita.

—¿Qué ha dicho usted, señor? —inquirió.

—La cosa consiste —sonrió el hombre fríamente— en que alguien ha organizado el Premio Koble de la Guerra, y, según parece, se admiten al certamen o concurso cualquier clase de planes que puedan provocar guerras en cualquier parte del mundo. Y el ganador del concurso, es decir, aquel que presente los planes que pueden provocar la guerra más importante, recibirá el premio, consistente en un millón de dólares.

—Naturalmente —gruñó Elvis—, usted no está bromeando, señor.

—Claro que no. Me parece que hace un tiempo conoció usted en Marruecos, Elvis, a uno de nuestros auxiliares, un marroquí

simpático llamado Sidi.

—Así es, señor. Pero él no llegó a conocerme a mí, porque trabajamos a distancia, y no me dejé ver.

—Eso no importa. Lo importante es que usted le conoce a él, de modo que no habrá contratiempos en el contacto. Si salen ustedes con la avioneta hoy mismo, pueden estar en Casablanca mañana por la mañana. Sidi les estará esperando en el aeródromo de Anfa. Claro está, esto significa que Sidi tiene una pista para que ustedes empiecen a trabajar.

—Recuerda tu promesa —amenazó Alice a Elvis con un dedo—. ¡Esta vez yo tendré más iniciativas!

—Ya te dije que tengo buena memoria —farfulló Elvis.

El jefe de la Www, que les contemplaba divertido, miró su reloj de pulsera.

—¿Les parece que zarpemos ya hacía Fiumicino? Todo está preparado esperándoles. Lamento tener que recurrir de nuevo a ustedes cuando apenas han terminado un trabajo, pero...

—No se preocupe —sonrió deliciosamente Alice—. Nosotros nos encargaremos de cortar esa... alarma general. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —gruñó Elvis.

CAPÍTULO II

Deambulando por el aeródromo de Anfa, Sidi vio llegar la avioneta que le habían descrito desde Roma y se dispuso a recibir a los dos personajes que le habían anunciado, los llamados Elvis y Alice, de la Vigilancia Universal.

Bueno, era agradable trabajar para una organización de esa clase, y, en lo que a Sidi se refería, todo estaba bien mientras continuase recibiendo periódicamente unas bonitas cantidades que le permitían precisamente dedicarse a eso, a vigilar lo que ocurría en Casablanca y, en general, en todo Marruecos.

Sidi era más bien bajo y regordete, de cara redonda y pequeños ojos negros, boca abultada y cabellos ensortijados; en definitiva, era más bien feo. De modo que cuando vio al hombre y a la mujer que habían llegado en la avioneta, masculló algo por lo bajo mientras se acercaba a ellos. ¡Puerca vida...! ¿Por qué no podía ser él como el tal Elvis... para poder tener mujeres como la espléndida rubia de grandes ojos verdes que le acompañaba? Porque, claro está, era bien seguro que aquella pareja no debían dedicarse a la vida contemplativa, sino que debían pasar a la acción... Sidi se imaginó a sí mismo en la cama con la rubia llamada Alice, la poseyó en su fantasía calenturienta, y acto seguido, mientras caminaba con cierta incomodidad debido a su reacción física que apenas podía ocultar llevando la mano izquierda eh el bolsillo de ese lado del pantalón, todavía tuvo otra fantasía más: se imaginó de nuevo a sí mismo retozando con la rubia Alice en un montón de almohadones, haciéndole cosas deliciosas y siendo correspondido bellamente, apasionadamente...

Pero Sidi tuvo que abandonar sus fantasías cuando Elvis y Alice estuvieron muy cerca de él. No conocía a ninguno de los dos, pero

le pareció que el hombre le miraba de un modo especial. Debía de ser muy listo, si adivinaba que era él quien les estaba esperando... Aunque quizá, simplemente, también él había sido descrito a Elvis y Alice, claro...

Acudió al encuentro, sonriendo, procurando no evidenciar sus deseos orgásmicos con la rubia.

—Buenos días —saludó en francés—. Estoy esperando a unos viajeros que han de llegar de Roma. ¿Son ustedes?

—¿Usted es Sidi? —preguntó el hombre, en el mismo idioma.

—Sí, *monsieur*.

—Ella —señaló a la rubia Alice— es Alice. Yo soy Elvis. ¿Tiene usted coche?

—Sí, *monsieur*.

Elvis asintió y tendió a Sidi la única maleta que componía el equipaje de ambos. Alice llevaba otra maleta, muy pequeña, algo así como un portafolios, pero no la tendió a Sidi, sino que la conservó. Sidi tomó la maleta y señaló hacia donde había dejado su coche, el viejo «Peugeot».

Ninguno de los tres habló hasta que estuvieron acomodados en el interior del coche, Sidi al volante, y Elvis y Alice en el asiento de atrás. Sidi dio al encendido, puso la primera marcha, y partió, mirando a la pareja por el retrovisor.

—Puedo conseguirles fácilmente una *suite* en un hotel de lujo —informó—, pero estaría encantado de hospedarles en mi casa.

—Por el momento, vamos a pasear, mientras conversamos —dijo Elvis—. Cuando sepamos todo lo que tiene que decirnos, decidiremos. Ya puede empezar a hablar.

Oui, monsieur. Bien, tal como ya informé se ha constituido un llamado Premio Koble de la Guerra, y parece que el asunto está en marcha precisamente en Casablanca. La cuantía del premio es un millón de dólares para el mejor plan capaz de provocar la guerra más importante...

—¿En algún lugar determinado del mundo? —preguntó Alice.

—No, *madame*. Al menos, yo no sé eso. Tengo entendido que no importa dónde se provoque la guerra, siempre que sea importante, pero no puedo garantizar ese aspecto de la información.

—Continúe.

—*Mais oui...* Sé de algunos hombres que llegaron a Casablanca

atraídos por el premio, y debemos de suponer que cada uno de esos hombres debe haber preparado un plan bélico en cualquier lugar del mundo, que, naturalmente, presentará a concurso al Premio Koble...

—¿Qué o quién es Koble? —preguntó Elvis—. ¿Significa algo en su idioma esa palabra?

—No, *monsieur*. Para mí no significa nada. No sé qué o quién es Koble. He pensado que debe de ser un apellido.

—Naturalmente —dijo Alice—. Yo diría que han querido establecer cierto paralelismo entre Nobel y Koble, pero disfrazando la expresión del apellido. Puede que ni siquiera exista nadie llamado Koble. Sidi: ¿qué clase de gente ha venido a Casablanca por lo del concurso, y cómo lo ha sabido usted?

—Oh, *madame*, ése es mi trabajo, yo vivo en un ambiente un tanto especial, ¿sabe usted? La noticia del concurso ha circulado precisamente por ese ambiente: asesinos, contrabandistas, estafadores, mercenarios, espías...

—¿Qué clase de espías?

—¿Qué clase de espías? —se sorprendió Sidi—. Bueno, pues... espías, eso es todo. Me parece que no he entendido muy bien su pregunta, *madame*.

—¿Son espías que se venden al mejor postor o espías de los servicios reconocidos?

—Ah, sí, ahora la entiendo... Supongo que habrá de todo, aunque por el momento, la gente que está interesada por el Premio Koble es más bien... chusma, ¿comprende usted? O al menos, así parece. El último interesado en el concurso, que yo sepa, ha sido un aventurero japonés del que se rumorea que estuvo algún tiempo en Israel. Cosas así, ¿comprende usted?

—Comprendo —sonrió Alice—. Al parecer, al Premio Koble ha acudido toda clase de gente, como moscas a la miel.

—Sí, sí, en efecto. Verá usted, un millón de dólares es mucho mucho dinero, ¿no cree? Así que todos quieren ganar el premio. Lo que significa que en estos momentos se están elaborando cientos de planes bélicos posiblemente en todas las partes del mundo, empezando por una guerra entre Rusia y China, pongamos por caso, y acabando con una contienda entre Luxemburgo y Estados Unidos... ¡Vaya usted a saber!

—Comprendo, comprendo...

—Supongamos que nosotros queremos presentar uno de esos planes para la guerra —murmuró Elvis—. ¿A quién tendríamos que acudir?

—Deberían ir al Café Moliere, que está en el barrio del puerto, en una callejuela cercana a la mezquita de Dar El Maghzen, llevando en una mano un periódico enrollado a lo largo. No a lo ancho, ni tampoco doblado, sino formando un tubo lo más largo posible.

—¿Y entonces...?

—Entonces, alguien hace contacto con usted, en uno de los reservados, y al poco sale usted con una maleta negra que tiene muchas etiquetas de hoteles europeos. Se va a su hotel, recoge sus cosas y toma el primer tren que salga hacia Marrakech...

—¿Y una vez en Marrakech...?

—Ah, eso ya no lo sé, *monsieur*, porque no he salido de Casablanca. Me pareció más acertado permanecer aquí viendo qué iba ocurriendo y esperando instrucciones concretas. Espero haber hecho bien, *monsieur*.

—Sí —asintió Elvis—. Ha hecho bien.

—¿Conoce a alguien más, aparte del japonés que ha mencionado? —se interesó Alice.

—Bueno, ha habido varios hombres que han acudido al Café Moliere y han salido con su maleta negra llena de etiquetas, pero me he limitado a seguirlos, sin interesarme a fondo por ellos, por temor a llamar la atención. A veces, ¿sabe usted, *madame*?, esos tipos van discretamente acompañados por amigos que les guardan las espaldas, y me pareció que no debía arriesgar nada, de momento. Lo que sí puedo decir es que la mayoría de los... concursantes son de raza blanca, ya me entiende: europeos. Había uno especialmente, un sujeto alto y muy delgado, de cabellos rojos, que no podía parecer más británico... ¡Pero vaya usted a saber! Bueno, ya estamos entrando en Casablanca, *monsieur*.

—¿Vive usted solo? —preguntó Elvis.

—Oh, bueno, vivo en una callecita del barrio Maarif, y...

—Eso ya lo sé. Mi pregunta era otra, y muy clara: ¿vive usted solo?

—Pues... no. La verdad es que no, *monsieur*. Es que, ¿sabe

usted?, tengo tres sobrinas que viven conmigo...

Alice se echó a reír de buena gana, y Sidi, un tanto mosqueado, la miró por el retrovisor. Se le pasó el mosqueo enseguida, porque Alice reía muy simpáticamente, y además, enseguida dijo:

—¡Es usted una persona de buen corazón, Sidi! Seguro que esas tres pobres sobrinas se encontraban en la miserable calle si no fuese por su bondad y generosidad.

—Ejem... Oh, sí, *madame* —sonrió Sidi—. ¡En efecto, así es! Gracias a mí tienen comida, techo...

—Y cama, supongo...

—Bueno, *madame*, comprenderá usted que no iba a permitir que durmiesen en el suelo, pobrecillas...

Alice volvió a reír, mientras Elvis gruñía:

—Pare en cualquier sitio.

—¿Perdón, *monsieur*?

—Que pare en cualquier sitio. Desde luego, no vamos a ir a su casa.

—Los hospedaría con mucho gusto, *monsieur*.

—No queremos molestar a sus sobrinas —rió de nuevo Alice—. Será mejor que nos deje en cualquier lugar donde podamos tomar un taxi. Y no se preocupe de nosotros: nos arreglaremos bien.

—Pero, *madame*...

—Usted tiene teléfono, ¿no es así? —preguntó Elvis.

—¡Naturalmente, *monsieur*!

—Díganos su número. Y a partir del momento en que nos separemos, estará usted en su casa, sin salir para nada, pendiente exclusivamente de una posible llamada de cualquiera de los dos. ¿De acuerdo?

—Mais oui, *monsieur*.

—De este modo —rió de nuevo Alice—, sus sobrinas no se sentirán tan solas.

—Es una buena idea, *madame* —sonrió lascivamente Sidi—; precisamente, debido a todo este asunto, las tengo un poco abandonadas estos días.

—Pues ahora podrá consolarlas.

Sidi se disponía a continuar la broma verbal, pero Elvis comenzó a hablar de pronto en un idioma que no entendió. Sidi hablaba marroquí, francés, español y algo de italiano e inglés... pero,

ciertamente, no entendía ni una palabra de ruso, idioma en el que Alice y Elvis estuvieron hablando durante un par de minutos.

Transcurridos éstos, Elvis ordenó:

—Pare ya, Sidi.

—*¡Oui, monsieur!*

El «Peugeot» se detuvo en doble fila en la Avenue Du 2 Mars, casi en la esquina del Boulevard Victor Hugo, y Sidi se volvió a mirar a sus pasajeros, preparando ya la despedida. Alice le preguntó su número de teléfono, pareció archivarlo, le sonrió, miró a Elvis y acto seguido se apeó, llevándose su portafolios.

—Siga —ordenó Elvis.

—Pero, *monsieur*...

—Siga. Yo me aparearé más adelante.

Sidi asintió y arrancó de nuevo. Pasó cerca de Alice, que caminaba tranquilamente por la acera. Tenía unas piernas preciosas y una elegancia increíble. Sidi se dijo que era una tontería fantasear sobre la posesión de aquel cuerpo maravilloso, y lanzó sus deseos hacia las tres sobrinas que tenía recogidas en su casa. Bueno, eso de no salir a la calle le tenía sin cuidado: se dedicaría a «jugar» con sus sobrinas mientras esperaba una llamada telefónica... La perspectiva no era desagradable, y Sidi notó de nuevo la sacudida en su masculinidad. ¡Sí, señor, se iba a dedicar a jugar con sus sobrinas...!

—Pare aquí —oyó tras él.

Sidi regresó de sus sueños eróticos. Estaban ahora en el cruce con el Boulevard Mohamed Zerkouni. Frenó y se volvió a mirar a Elvis. Éste se apeó, abrió la portezuela delantera derecha, sacó la maleta, que Sidi había colocado allí, cerró la portezuela y se alejó, sin más.

Sidi estuvo unos segundos contemplándole, entre irritado y estupefacto. ¡Vaya pareja extraña...! Al menos, ella era simpática. Pero él no lo era en absoluto. ¡Ni una pizca!

—Me pregunto —se dijo Sidi— ¿cómo un tipo como ése ha conseguido a una mujer como ésa? Bueno, supongo que los designios de Alá son imprevisibles...

Y partió dispuesto a hacer compañía a sus tres sobrinas. Si querían algo más de él, ya lo llamarían. *¡Voilà, tout c'était*

!

Pero la pregunta estaba en la mente de Sidi: ¿qué demonios estarían tramando Elvis y Alice?

* * *

Eran cerca de las diez de la noche cuando Roger Lamotte salió del Café Moliere, provisto de una maleta negra salpicada de numerosas etiquetas de hoteles europeos. Rodeó la mezquita de Dar El Maghzen, y poco después llegaba al Boulevard des Almohades. Aquí tomó un taxi, a cuyo conductor dio el nombre del hotel Bordeaux, en la Rué Jean Jaurés. Era un infecto hotel de dos estrellas, pero eso ya no le importaba a Roger Lamotte. Dentro de poco, era muy muy posible, que tuviera un millón de dólares, y entonces... ¡Ah, entonces...! ¡Entonces, la vida de Roger Lamotte cambiaría radicalmente! Con un millón de dólares podía dejar de jugarse el pellejo, y vivir como un auténtico rey...

Hablemos de Roger Lamotte. Era de mediana estatura, delgado, fuerte como un fleje de acero. Sus ojos eran oscuros, penetrantes; su boca delgada y grande; su frente un tanto angosta... Pero tras todo esto había un cerebro casi brillante, capaz de imaginar las más sutiles barbaridades. Desde hacía más de doce años, a sus cuarenta y tres años ya, Roger Lamotte se había dedicado a una «profesión» para la que no todo el mundo está capacitado, ni mucho menos: asesinatos, revueltas, robos... En la actualidad, con seis cicatrices de bala y dos de cuchillo en su flaco cuerpo, Roger Lamotte era un mercenario de la más baja categoría humana y profesional. Admitiendo la posibilidad de que hayan mercenarios profesionales de la guerra que tengan un mínimo de conciencia, éste no era, desde luego, el caso de Lamotte. Había matado y asesinado a mansalva, a diestro y siniestro, prácticamente en toda Africa. Y no siempre en combate... Bajo sus armas habían caído mujeres, niños, ancianos, hombres indefensos, ganado acribillado por el simple gusto de ver salpicar la sangre...

No es pues de extrañar que un hombre así pretendiese alcanzar la cumbre de su «carrera» pergeñando un plan bélico con el que tenía la esperanza de ganar el Premio Koble. Si conseguía esto, Lamotte se retiraría. Punto final. Si no, no tendría más remedio que seguir haciendo de las suyas por unos cuantos dólares, en cualquier

lugar de Asia, Africa, Europa o América. ¿Y por qué no en Oceanía, si se lo pagaban bien?

Y éste era Roger Lamotte, en líneas generales, sin entrar en espeluznantes detalles.

Un Roger Lamotte que, más tarde, se apeaba ante su hotel más que satisfecho. Pagó al taxista, contempló con el ceño fruncido la fachada del Bordeaux, y, moviendo la cabeza, entró en el deslucido edificio. En conserjería pidió su llave y advirtió que se iría por la mañana, a fin de que preparasen la cuenta para entonces. Habría preferido marcharse aquella misma noche, pero en el supuesto de que hubiese algún tren que partiese hacia Marrakech, el viaje habría sido demasiado precipitado. Y de todos modos, ya había quedado convenido que partiría por la mañana...

Subió a pie a su habitación, en el segundo piso; cerró la puerta, dejó la maleta negra sobre la cama cubierta por la casi mugrienta colcha, y fue al diminuto aseo... por llamarle de algún modo, ya que contaba de inodoro, lavabo y una reducida ducha en la que Lamotte, cuando llegó dos noches antes, había llegado a ver un par de cucarachas escapando por el desagüe,... ¡Mierda de hotel! Después de tantas veces que se había jugado la vida, Lamotte pensaba que merecía algo mejor, pero, por un lado, nunca había cobrado grandes cantidades, y por otro lado, le gustaba gastar. En cuanto recibía su paga, corría adonde hubiese diversión, y se volvía loco «gozando» de la vida...

Terminó de orinar, salió de la habitación, y abrió el armario, de dónde sacó su propia maleta. La colocó también sobre la cama, la, abrió, separó cuidadosamente la base del doble fondo, de donde retiró su plan bélico que iba a presentar al Premio Koble. Fue dejando sobre la cama los papeles en los que había plasmado todo: mapas, cifras, explicaciones, cantidad de armamento inicial, número de hombres, zona de fricción... Lamotte estaba convencido de que era un buen plan, pero no estaría de más que le diese el último repaso.

Así pues, provisto de bolígrafo, se dedicó a hacer algunas anotaciones suplementarias. Como mesa, utilizaba la maleta cerrada y colocada en el borde de la cama, junto a la cual acercó una silla. No quería cometer ningún fallo. Sabía que su plan sería minuciosamente examinado, valorado... Ningún fallo.

Roger Lamotte perdió la noción del tiempo; se abstraigo en un mundo de guerra y muertes, de planteamientos bélicos. Tan abstraído estaba que la llamada de la puerta de su habitación tuvo que repetirse para qué realmente la oyera.

Entonces alzó la cabeza, miró hacia la puerta, frunció el ceño... y su mano se movió lentamente hacia donde guardaba la pistola, bajo la axila izquierda. Titubeó unos segundos, y por fin se puso en pie y fue hacia la puerta. Se colocó a un lado.

—¿Quién es? —preguntó, en francés.

—*Monsieur*, por favor, ¡por favor! —Oyó la voz femenina—. ¡Tiene usted que ayudarme, *monsieur*!

—¿Qué le ocurre? —se interesó, malhumorado, sin abrir la puerta.

—¡Las cucarachas, *monsieur*! ¡Iba a ducharme y he visto miles de cucarachas...! ¡Por favor, *monsieur*...!

Una torcida sonrisa apareció en los labios delgados de Roger Lamotte. Abrió la puerta... y casi no pudo evitar el respingo al ver a la mujer. Por un instante, viendo a la hermosísima muchacha de grandes ojos verdes y preciosos cabellos rubios, Lamotte creyó que estaba soñando. Y más aún considerando que la muchacha estaba desnuda, envuelta en una toalla que solamente le cubría desde las axilas hasta las caderas.

—¡Ayúdeme, *monsieur*, por favor! —insistió la muchacha.

—¿Ayudarla? —Pudo reaccionar Lamotte—. ¿De qué modo?

—Oh, no sé... ¡Matando esas horribles cucarachas! ¡He estado llamando por el teléfono interior al servicio, pero nadie me contesta!

—No me extraña —farfulló Lamotte.

Iba a decir que eso era lógico en una mierda de hotel como aquél, pero no le pareció necesario.

—No sé qué hacer —casi tartamudeó la muchacha—. ¡Me dan tanto asco las cucarachas, *monsieur*!

—Bueno —murmuró Lamotte—, quizá pueda hacer algo por usted. Vamos a echar un vistazo a esos bichos asquerosos.

—¡Oh, gracias, *monsieur*! Venga, venga, por favor...

La muchacha casi corrió por el solitario pasillo, se detuvo ante una puerta abierta y se volvió a mirar a Lamotte con los ojos muy abiertos. Éste llegó, indicó a la muchacha que entrase primero, lo

hizo él, cerró la puerta y fue directo al aseo, cuya puerta también estaba abierta. Echó un vistazo al desportillado plato de la ducha y se volvió a mirar hacia su vecina.

—No veo ninguna cucaracha —dijo.

—¡Está lleno de cucarachas, *monsieur*, se lo juro...!

—La creo —asintió Lamotte—, porque yo también las he visto en mi habitación. Pero se van en cuanto aparecemos. En cuanto se enciende la luz, se van todas por el desagüe, o por dónde demonios sea que han llegado. Vea usted misma, ni una sola.

La muchacha miró recelosamente hacia el interior del aseo, por un lado de Lamotte, como protegiéndose con el cuerpo de éste, que notó en su brazo el cálido contacto de un pecho de ella a través de la toalla y de su propia chaqueta. Volvió la cabeza para mirarla, y ella hizo lo mismo. Sus rostros estaban muy juntos. La muchacha sonrió, aunque un tanto crispadamente.

—Parece que tiene usted razón, *monsieur* —murmuró.

—Seguro que sí. ¿Está usted sola?

—Oh, sí, claro... ¡De otro modo no le habría molestado!

Roger Lamotte sonrió y el pensamiento que había revoloteado por su mente se concretó: había cerrado la puerta de su habitación, tenía la llave en su bolsillo, nadie podría entrar allí... ¿Qué podía, tener de malo que demorase unas horas el estudio de sus planes, que por otro lado, en poco o nada podían mejorarse?

—No ha sido ninguna molestia —dijo—. Al contrario. Lo que siento es no haber llegado a tiempo de ver a esos bichos inmundos y exterminarlos.

—Oh, bueno, pero si ya se han ido...

—Volverán —aseguró Lamotte—. ¡Ya lo creo que volverán!

—¡Oh!

—Quizá no mientras usted esté duchándose, o en el dormitorio con la luz encendida, pero en cuanto apague la luz, esos bichos volverán.

—¡Cielos...! ¿Qué... qué podría hacer...?

La sonrisa se estiró más en los delgados labios de Lamotte.

—Si le parece bien, puedo quedarme... para protegerla, naturalmente.

La muchacha se quedó mirándolo fijamente, seria de pronto. Pero, también de pronto, sonrió y murmuró:

—Parece que tiene usted buenas ideas, *monsieur*.

—Celebro que le parezcan buenas. Estas cosas pasan en hoteles como éste, claro. Debió usted elegir mejor.

—Sí, ya lo sé. Pero no siempre van bien las cosas.

—Entiendo eso. Lo mismo que me pasa a mí. Por fortuna, es la última noche que paso en este lugar. ¿Usted va a estar mucho tiempo?

—Pues no sé... Depende de las oportunidades que tenga en Casablanca...

—¿Y si yo le dijese que ha encontrado una buena oportunidad?

—No sé si comprendo, *monsieur*...

—Mañana me marchó —dijo Lamotte—. Me está esperando un negocio interesante en otro lugar. Se me ocurre que quizá le gustaría... hacer un pequeño viaje conmigo, señorita...

—Monique.

—Monique —asintió él, alargando las manos hacia el borde de la toalla que cubría el cuerpo femenino—. Es un nombre que siempre me gustó. Generalmente, todas las chicas que se llaman Monique son muy bonitas. Y espero que esta vez no sea diferente.

Retiró la toalla sin que la llamada Monique hiciese gesto alguno para impedirlo. Cuando Roger Lamotte vio aquel cuerpo espléndido tuvo la sensación de que toda su sangre se revolvía y se encendía, y en sus sienes hubo un fuerte latido. Sí, quizá su vida comenzase a cambiar ahora. Quizá, finalmente, había atrapado a la Suerte. Quizá pronto tuviese un millón de dólares americanos... parte de los cuales podría emplear en «adquirir» la compañía de Monique, que, sin duda alguna, era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Tan hermosa, que Lamotte no acertaba a moverse. Permanecía de pie ante ella, contemplando las magníficas formas de los pechos, la suave tersura de su vientre, los rizos del sexo, la inigualable esbeltez de sus piernas, la belleza enloquecedora de los hombros y del cuello, fino, elegante, delicioso...

—¿Es diferente esta vez? —susurró Monique.

Lamotte alzó la mirada hacia los hermosos ojos.

—No —jadeó—. Esta vez incluso es superior a todo lo que he visto antes.

Ella sonrió. Lamotte alzó las manos y las puso sobre los pechos,

de una turgencia increíble. En las palmas de sus duras y canallescas manos, Lamotte notó el contacto de sus rosados pezones, y en sus dedos, la tibieza de la carne que parecía auténtica seda. Apretó con los dedos, groseramente, pero ella, simplemente, sonrió más. Lamotte se pasó la lengua por los labios, mientras deslizaba una mano hacia el vientre femenino, de una delicadeza y tersura jamás sentida antes. Ella le sujetó una mano.

—¿Qué haces? —susurró.

—Estoy buscando un escarabajo —jadeó él.

—Pero ése no es modo de buscarlo...

Se desasíó de las manos de él, fue hacia la cama, la destapó y se tendió en ella, boca arriba. Separó los muslos y Lamotte casi lanzó un grito. La cabeza le dio vueltas. Ya no se acordaba de sus planes, ni de nada que no fuese aquella rosada intimidad que estaba viendo, tan bella como un sueño...

—Mañana me ducharé —sonrió ella.

Lamotte asintió, se acercó a la cama y comenzó a alzar una pierna. Monique rió quedamente.

—¿No vas a desnudarte? —exclamó divertida.

Lamotte miró sus ropas. Farfulló algo, se quitó la chaqueta, los zapatos... Monique miraba la funda axilar sujeta al tórax por finos atalajes de cuero. Lamotte se desprendió de esto también y comenzó a quitarse la camisa, sin dejar de mirar el cuerpo que le esperaba en cálida, enloquecedora oferta. En cuestión de segundos terminó de desnudarse, mientras Monique contemplaba, siempre con expresión divertida, la ostensible muestra de virilidad y los excitados deseos de Lamotte.

Cuando éste estuvo completamente desnudo, Monique metió una mano bajo la almohada y la retiró armada de una pistolita, que apuntó al pecho de Lamotte. Éste sólo la vio cuando, tras tirar sobre una silla su última prenda de vestir, se volvió, dispuesto a saltar sobre el mullido cuerpo femenino.

Y al ver la pistolita, palideció. Su mirada pareció saltar hacia los ojos de Monique, como queriendo perforarlos.

—Eres, feo, Lamotte —dijo Monique, apaciblemente—. Y estoy segura de que también eres muy malo. Por lo tanto:...

Roger Lamotte no tuvo ni siquiera oportunidad de preguntar qué significaba aquello. Sonó un apagado chasquido y una bala fue a

hundirse en su pecho, justo sobre el corazón, alojándose en éste. Roger Lamotte retrocedió un paso, se movió su boca, todo su rostro se crispó en una horrenda mueca... y acto seguido cayó de espaldas.

Eso fue todo.

Monique-Alice se puso en pie y, mirando todavía a Lamotte, movió la cabeza.

—Chocante —dijo—. Éste también se creía irresistible... En verdad chocante.

Ni se molestó en asegurarse de que estaba muerto. Ya estaba segura, simplemente. Fue al armario, sacó la maleta que había comprado en Casablanca aquella tarde y que contenía unas pocas ropas también nuevas, y eligió un vestido, que se puso sin más complicaciones. Luego fue adonde Lamotte había dejado sus ropas, cogió la llave de la habitación del recién ajusticiado personaje y salió de la habitación. Segundos más tarde entraba en la de Lamotte.

Enseguida vio la maleta sobre la cama, y los mapas y demás papeles sobre la maleta. Les echó un vistazo, asintió y los recogió, los metió dentro de una maleta negra, que no contenía absolutamente nada, y la dejó junto a la puerta. Dedicó cinco minutos a echar un vistazo por la habitación, pero no encontró nada de interés. Del cuarto de aseo tomó una toalla, que fue a dejar sobre la maleta negra. Finalmente lo dejó todo en orden, como si Roger Lamotte hubiese salido y fuese a salir en cualquier momento. Tomó la maleta negra y la toalla, salió de la habitación, cerró la puerta y regresó a su habitación, donde procedió a un meticuloso examen de la maleta negra, hasta convencerse de que, en efecto, no contenía nada.

Tras meditar un par de minutos, Alice cargó su maleta negra y volvió al cuarto de Lamotte. Dentro del armario, sobre la maleta de Lamotte, colocó la negra con muchas etiquetas, echó un último vistazo asegurándose de que todo estaba en orden, y otra vez volvió a su habitación. Dentro de su maleta, metió las pertenencias de Lamotte, incluida la pistola, y colocó encima sus propias ropas recién compradas en Casablanca. Satisfecha ya de esa parte, tomó la toalla que había cogido de la habitación de Lamotte, la rasgó y procedió a taponar con los trozos los orificios nasales y la boca del desnudo cadáver. Taponó también los oídos, y finalmente, tras un

leve titubeo, taponó incluso el año...

Escalofriante actividad para una preciosa muchacha, pero Alice no parecía alterada en absoluto, actuaba con la misma tranquilidad y naturalidad que si estuviera haciendo calceta.

Taponado ya el cadáver de modo que el hedor a muerte tardaría en ser notado, Alice lo metió bajo la cama, bien hacia el centro. Estaba convencidísima que ni mucho menos todos los días limpiaban allí. No todo son inconvenientes en los hoteles de baja estofa.

Finalmente, Alice se dedicó a examinar los planes bélicos de Roger Lamotte. Cuando los hubo comprendido totalmente, emitió en voz alta un epitafio para Lamotte:

—Bien muerto estás.

Luego, guardó los planes en su maleta, se acostó y quedó dormida a los pocos segundos.

No hay nada como tener la conciencia tranquila.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo junto al bordillo y Alice tomó la maleta y la echó al asiento de atrás. Se sentó junto a Elvis, que conducía. Eran las diez y media de la mañana.

—¿Algún contratiempo? —preguntó Elvis.

—Anoche estuvieron a punto de violarme.

Elvis volvió vivamente la cabeza, miró los ojos resplandecientes de risa y soltó un gruñido.

—Ya sabes que no me gusta ni siquiera oírlo —masculló—. Si tú quieres ir con otro hombre por tu propia voluntad, hazlo, esto lo hemos hablado muchas veces. Pero no consientas jamás que te violen, no hables de eso ni en broma.

—O sea —frunció el ceño Alice—. No te importaría que me acostara con otro hombre.

—Lo de si me importada o no, lo sé yo. Pero si tu voluntad era hacerlo, es cosa tuya. En realidad, sólo lo sentiría por el otro hombre: no recibiría más que carne, y en cambio yo recibo mucho más... Y eso es lo que importa.

Alice soltó una carcajada.

—¿Por qué estás enfadado? —reprochó—. ¡Nada me ha ocurrido, estoy perfectamente! Estuve vigilando el Café Molière, vi a un sujeto entrar allí con un periódico enrollado del modo que nos dijo Sidi, lo vi luego salir con la maleta negra, lo seguí, me alojé en su hotel, me las ingení para saber quién era y en qué habitación estaba, lo atraje a la trampa, lo maté, le quité unos planes bélicos... y aquí estoy sana y salva nuevamente contigo... Así que, ¿por qué estás enfadado? ¡Y no me vengas con esa tontería de que es por motivos sexuales, mi amor! Tú y yo estamos por encima de eso hace tiempo...

—De modo que, en efecto, has conseguido unos planes para optar al Premio Koble.

—Por supuesto que los he conseguido. ¿Te sorprende?

—Debí encargarme yo de eso.

—Bueno —rió Alice—, no sé si habrías conseguido hacer las cosas con la misma facilidad que yo... a menos que Lamotte fuese homosexual, lo que no creo. En cuanto me vio se le encendieron los ojos al pobre hombre. Y cuando me quitó la toalla y me vio desnuda... ¡creí que iba a explotar! ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Deberías saberlo.

—Dímelo tú.

—Pues porque soy bellísima. ¿O no te lo parezco?

—Sí.

—Y apetecible, ¿no es cierto? Yo diría que soy muy hermosa y que resulto... cálida, tierna, confortable, dulce... No sólo mi cuerpo, sino mis ojos, mi boca... ¿No te gusta mi boca?

—Sí.

—Bueno, pues nadie lo diría —refunfuñó Alice—. Desde que he entrado en este coche estoy esperando que me lo demuestres...

Elvis dejó de mirar a la calle con el ceño fruncido. Miró a Alice, vaciló, y por fin le pasó una mano por la nuca, la atrajo y la besó suavemente en los labios. Ella le rodeó el cuello con los brazos, se apretó contra él, y el beso se alargó, se alargó... Por fin, Alice se apartó y suspiró.

—Me has convencido: ¡te gusta mi boca!

—Yo debí encargarme de ese tipo —insistió Elvis.

Ah... ¿De modo que es por eso que estás enfadado? Bueno, ya lo discutimos ayer en ruso, y no veo que la cosa tenga que cambiar en inglés... Sobre todo ahora que ya son hechos consumados. Además, de ninguna manera interesaba que te vieran cerca del sujeto que eligiéramos para robarle los planes bélicos.

—Pudimos perfectamente preparar nosotros unos planes bélicos, y así te habrías ahorrado peligros de anoche, al no tener que robárselos a un tipo que quiso violarte.

—Sabes muy bien que ni tú ni yo prepararíamos unos planes bélicos, ni aunque el Premio Koble estuviera pagado con mil millones de dólares. Así que bien están las cosas de este modo:

tenemos un plan bélico y hemos liquidado... una cucaracha. A las otras no las molesté para nada.

—¿Qué otras?

—Había cucarachas en el hotel donde estaba el mercenario. ¿Te he dicho que se llamaba Roger Lamotte?

—¿Qué importa quién fuese?

—Eso es cierto —asintió Alice—. Simplemente, una cucaracha menos, insisto. Lo dejé debajo de la cama, tapado como una botella de perfume. No creo que lo encuentren antes de cuatro o cinco días, a menos que, pese a mis precauciones, empiece a oler.

—¿Te has despedido del hotel?

—Claro. He mostrado una razonable indignación por la existencia de cucarachas en aquel hotel, he pagado y me he marchado sin ningún problema... Amor, te preocupas tanto por mí que a veces me haces sentir tonta.

—Lo siento —la miró él vivamente—. No he pretendido nunca que te sientas tonta.

—Bueno —ella acercó su boca a la de él—, supongo que todo es simplemente un grande y sincero amor por tu parte...

Se besaron de nuevo, prolongadamente. Luego, tras mirarse, ambos sonrieron, aunque Elvis más bien con parquedad, y acto seguido él puso el auto en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alice.

—A la estación de la ONCF.

—¿Ya?

—Creo que cuanto antes partas hacia Marrakech, mejor será.

—Oh, claro... Lo que en realidad quieres decir es que cuanto más lejos de Casablanca esté, menos peligro correré. ¿No es eso?

—No veo qué tiene de malo que te lleve a la estación del tren y salgas ya hacia Marrakech. Después de todo, los servicios de la ONCF no son tan malos.

—No estoy discutiendo los servicios de la Compañía de Ferrocarriles Marroquíes, sino del hecho de que quieras alejarme de tu lado. Podríamos almorzar juntos. Además, no tiene nada de peligroso presentarse en el Café Moliere y decir que quieres optar al Premio Koble. Todo lo que pasará es que te darán una maleta negra con etiquetas de hoteles europeos y unas instrucciones para presentarte a alguien en Marrakech.

—¿No le preguntaste sobre eso a Lamotte?

—¿Para qué? Y si quieres que te sea sincera, sólo oír su voz ya me producía náuseas. Así que imagínate cuando me tocó los pechos.

Elvis la miró y sonrió.

—Te estás vengando de mí porque no puedes quedarte en Casablanca.

—Sí, eso estoy haciendo —admitió Alice.

—Es una tontería. Y además, sabes muy bien que tú tienes que llegar a Marrakech por lo menos un día antes que yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Alice—. Pero hagamos una cosa: almorcemos juntos, y luego, en vez de tomar el tren, tomo el avión. ¿Sí, mi amor?

—Bueno —masculló Elvis—. Pero esto está claro: cuando yo vaya al Café Moliere, tú ya tienes que estar en Marrakech...

* * *

En el Café Moliere la clientela era de lo más variada, no en calidad. Y no hacía falta ser exquisito para darse cuenta de ello, desde luego. Había hombres de raza blanca, negros marroquíes, y árabes de relucientes ojos... y algunas mujeres cuyo cometido allí no podía estar más claro, por mucho que lo disfrazasen con actividades de servicios del bar.

Y también había humo. Mucho humo, de un extraño aroma que no era sólo de tabaco; en alguna parte de aquel café, posiblemente en los reservados, y quizá incluso a la vista, se fumaba hachís. Y a todo esto, se mezclaba el olor de té con menta...

A Elvis se le revolvió un poco el estómago, pero se limitó a caminar hacia una mesa vacía, imperturbable. Se sentó ante ella, dejó sobre la madera manchada el periódico enrollado a lo largo y encendió un cigarrillo; cuando menos, este olor más cercano lo aislaría un poco del resto de los olores.

En contra de lo que temía, no se le acercó una de las mujeres de oscilantes pechos, sino un camarero masculino, que se quedó mirándolo, en silencio.

—Coñac francés —pidió Elvis.

—*Oui, monsieur...* Tenemos muy buen coñac francés. Pero quizá preferiría tomarlo usted en un reservado.

—¿Por qué? —Alzó las cejas Elvis.

El camarero miró el periódico enrollado a lo largo, volvió a mirar fijamente a los ojos de Elvis y encogió los hombros.

—Pienso que quizá en un reservado encontrará a alguien interesante con quien hablar —explicó.

—Ya. Me parece estupendo.

Se puso en pie, recogió el periódico y siguió al camarero. Éste apartó una cortina de cuentas de cristal de colores, enfilaron un amplio pasillo en el que flotaban densos aromas de sudor y de hachís y caminaron hacia el fondo. A izquierda y derecha se veían los tabiques de separación de los reservados, en algunos de los cuales Elvis alcanzó a ver y a oír rumor de personas, incluso, en determinado momento, el tono marfileño de unos pechos de mujer destacaron en la penumbra de uno de los reservados.

El elegido por el camarero estaba al fondo de todo, a la derecha. Frente a este reservado, en la parte izquierda, no había nadie.

El camarero señaló hacia el reservado.

—Le serviré su coñac inmediatamente, *monsieur*. —Gracias.

El camarero regresó hacia el café y Elvis entró en el reservado. El suelo era blando... Lo miró. Estaba cubierto por una espesa alfombra oscura, en la que destacaban feas manchas a la sucia luz de la diminuta bombilla oculta tras una pantalla cónica. Había una mesita rectangular en el centro del reservado; y al fondo de éste, un diván corrido a lo largo de la pared. Elvis se sentó allí, tras asegurarse, a la tétrica luz, de que no se iba a manchar... Una risita femenina llegó hasta él, y acto seguido el bramido mal contenido de un hombre.

Elvis movió la cabeza. No tenía absolutamente nada contra el sexo, desde luego; todo lo contrario. Pero tenía sus propias opiniones respecto al lugar y el modo de utilizarlo. Bueno, cada cual vive su vida como puede... o como sabe. A lo mejor, si los cerdos supiesen que pueden vivir limpios, no serían sucios. A lo mejor.

El camarero apareció muy pronto, en efecto, con una copa sobre un platillo, que depositó en silencio ante Elvis, desapareciendo enseguida. Elvis probó el coñac cautelosamente, casi temerosamente. Pues no; no era malo, no. De francés, nada, pero podía engañar a gentes de paladar poco afinado. Y es que así son las

cosas: el cerdo vive como un cerdo porque no sabe que puede vivir de otra manera, y la gente que bebe mal coñac quizá lo hace porque no sabe que existe buen coñac... Bueno, quizá lo sabe pero no puede pagarlo. En fin...

La mujer apareció cuando Elvis había terminado el cigarrillo y bebido la mitad del coñac. Entró sin ceremonia alguna y fue a sentarse a su lado. De una sola mirada, Elvis la valoró: al menos, no era una de las putas que había por allí fuera. Su cuerpo era bonito y macizo, tenía la boca grande y sensual, los ojos oscuros y brillantes, el cabello negro y ondulado... Francesa. Sí, tenía que ser francesa, o tal vez española. ¿Italiana? No, no. Francesa o española.

Francesa. Era francesa. Elvis lo supo cuando ella empezó a hablar, señalando el periódico.

—¡Qué modo tan curioso de llevar un periódico! —dijo en inglés; pero era francesa, seguro.

—Es absurdamente llamativo —asintió Elvis—. Pero yo acepto siempre todas las reglas del juego, mientras se juegue limpio conmigo.

—Tú no eres inglés —dijo ella.

—Tú tampoco. Yo soy americano.

—Yo, francesa —rió ella—. Me llamo Thérèse.

—Okay, Thérèse. Yo Soy Elvis North, y estoy aquí para ver de ganar el Premio Koble. ¿Me explico?

—Muy clara y directamente —sonrió ella—. ¿Quién te ha facilitado la información para llegar hasta aquí?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

Elvis frunció el ceño.

—Mira, Thérèse, tú, o quien sea, utilizó el
tam-tam

para extender la noticia, un amigo la captó, me avisó, y aquí estoy. Eso es todo, por ahora. No acostumbro a meter en líos a mis amigos, a menos que sea estrictamente necesario.

—Eso me gusta —asintió Thérèse—. Y no hagas caso de este lugar, ¿comprendes? La cosa es seria e importante, y lo del premio no es ninguna broma.

—Me alegro. No me gusta que bromeen conmigo cuando hay de por medio un millón de dólares.

—¿Esperas ganarlos?

—No estoy aquí para hablar de religión, desde luego.

—Entendido —volvió a reír ella—. Bien... ¿en qué lugar del mundo se desarrollaría tu guerra, Elvis?

—No pienso decírtelo a ti.

—¿Por qué no?

—Porque las cosas serias sólo las hablo con gente importante. Y tú no lo eres.

Thérèse quedóse mirándolo fijamente, un tanto irritada.

—No eres muy simpático, francamente.

—No, no lo soy. Todos tenemos nuestros defectos.

—Y el mío, según tu opinión, es no ser importante... ¿Qué otros defectos me ves?

—No me interesan.

—¿Tampoco te interesan mis cualidades?

—¿Cualidades? ¿Cuáles, por ejemplo?

—De momento, puedo enseñarte dos cualidades que quizá te gusten. Obsérvalas.

Mientras hablaba, Thérèse se había abierto la blusa y sus pechos aparecieron, blancos, turgentes, grandes, rematados por pezones de tamaño sorprendente. Eran unos pechos verdaderamente hermosos, rotundos... pero Elvis los contempló con escaso interés.

—Bonitas cualidades —asintió—. ¿Qué más?

Ella deslizó la mano sobre los pantalones de él y frunció el ceño.

—Me parece que mis cualidades no te han impresionado mucho.

—Ni mucho ni poco. Son bonitas, pero estoy acostumbrado a esa clase de material.

—¿Y a éste? —susurró Thérèse, alzándose un instante para poder subir la falda hasta la cintura.

Debajo no llevaba nada más. La escasa luz sólo le permitió a Elvis contemplar el reluciente tono de la tersa carne, y distinguir el vello espeso y ensortijado. Eran unos muslos imponentes, sin duda alguna... Y mientras tanto, la mano de Thérèse seguía sobre los pantalones de Elvis, moviéndose suavemente.

—Si lo que quieres es un elogio de tu cuerpo, de acuerdo... Okay, estás muy buena, Thérèse. ¿Qué más?

—Me parece —rió ella, buscando más a fondo con la mano— que estás reaccionando.

—Bueno, no soy ningún muerto.

—¡Me estoy dando cuenta! —volvió a reír ella, relucientes los ojos—. Eres un vivo... ¡Y de gran envergadura, Elvis!

—Suerte al nacer, eso es todo.

Thérèse se volvió a reír. Con la mano libre tomó una de las de Elvis, y la colocó sobre sus pechos.

—Podemos jugar los dos, ¿no te parece?

—Me pregunto si es una condición para ser admitido en el concurso del Premio Koble.

—¿Te molestaría que fuese así?

—Mucho. Si tengo que pagar algo, lo hago con dinero. Nunca he utilizado mi cuerpo para pagar nada... y a mi edad no voy a cambiar de normas.

—¿Y si te digo que, simplemente, me gustas mucho?

—Eso ya es otra cosa.

—¿Lo hacemos?

—¿El qué?

—¡No te hagas el tonto! ¡Sabes muy bien lo que te estoy pidiendo! ¡Tócamelo todo!

Elvis colocó la otra mano en los pechos de Thérèse y comenzó a manosearlos, con tal actitud de indiferencia que ella lanzó una exclamación de disgusto.

—¿Acaso eres de hielo? —jadeó.

—No es fácil ponerme en marcha a mí —encogió él los hombros.

—¿No? ¡Ahora lo veremos!

La cabeza de Thérèse descendió de pronto hacia el regazo de Elvis, que se irguió vivamente ante el acto de la mujer. Ella había conseguido inmediatamente su objetivo, pero él, apretando sus pechos hacia arriba, la obligó a enderezarse.

—¡Déjame! —jadeó Thérèse—. ¡Déjame que te...!

—Escucha, no quiero que luego digas que he jugado sucio contigo. Me gustas y lo haría todo contigo ahora, pero ya te he dicho que no me gustan las bromas. Ni que me las hagan, ni hacerlas. Sobre todo, si son bromas pesadas. Y sería una broma muy pesada que esto siguiese adelante... Para ti, se entiende.

—¡Yo estoy deseando que...!

—Tengo la sífilis.

Thérèse respingó, abrió mucho los ojos y estuvo tres o cuatro

segundos mirando el impenetrable rostro de Elvis. De pronto, retiró vivamente la mano del trofeo viril que no había abandonado en ningún momento.

—¡Tenías que habérmelo dicho antes! —gritó.

—Tal vez. Pero a nadie le gusta confesar una cosa así, y me pareció que sólo estabas divirtiéndote. Sólo que he comprendido que no, y entonces he pensado que no sería justo para ti.

—Pero... ¡no lo parece! Te ves tan fuerte, tan sano...

—Estoy en tratamiento. Creo que pronto estaré bien del todo, y entonces quizá podamos volver a vernos... en condiciones óptimas. Claro que si no te importa y ahora que ya lo sabes quieres seguir...

—¡No! ¡Claro que no!

—Me lo figuraba.

—¿No me estás tomando el pelo?

—Si crees eso, tiéndete, hagámoslo... y ya me dirás qué tal te va dentro de un tiempo. Pero que conste que te advertí. Por lo que a mí respecta...

—¡Vamos a dejar eso!

—De acuerdo. Tengo un plan que parece bastante bueno... ¿A quién tengo que entregárselo para optar al premio Koble?

—Maldito seas... ¡Me has puesto cachonda y ahora...!

—Te lo has hecho todo tú solita, encanto. Y no te preocupes demasiado: cuando yo me vaya puedes llamar a cualquier tipo de ahí fuera y seguro que te hará un par de favores con mucho gusto. Bien... ¿qué hacemos, respecto al premio?

—Tienes que darme alguna información sobre ti antes de ponerte en ruta —masculló Thérèse—. Qué has hecho últimamente, para quién has trabajado, en qué países has actuado, algunas referencias de gente que pueda avalar tus palabras...

—Me parece —cortó Elvis— que tú y yo vamos a salir frustrados de este reservado, Thérèse. No pienso decirte nada de todo esto. No soy ningún imbécil, te lo advierto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quieres una explicación? De acuerdo, te la daré... En el fondo, a mí todo eso del premio me huele a chamusquina; digamos que he llegado a pensar que alguien, quizá la policía marroquí, o su servicio de información de espionaje, el Lubben, o quizá otros servicios secretos, o qué sé yo quién, está buscando algo o alguien,

y ha recurrido a este bonito truco con un señuelo de un millón de dólares para entrar en contacto con gente como yo y obtener no sé qué información sobre algo o alguien... ¿Te parece una tontería?

—Eres muy mal pensado... pero, en efecto, no me parece ninguna tontería. Sin embargo, estás equivocado.

—O sea que sólo se trata de que alguien a quien podemos llamar Koble, quiere el mejor plan bélico, y está dispuesto a pagar por él un millón de dólares.

—Exacto.

—De acuerdo. Lo acepto. Ahora, dime: ¿qué tiene que ver lo que yo haya hecho hasta ahora y a quién conozca si mi plan bélico es malo? ¿Y qué importaría nada de todo lo que me has preguntado si resulta que mi plan es el que está esperando Koble?

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá sea yo quién está desconfiando de ti... y quiera saber muchas cosas tuyas?

—Entiendo. Bueno, los dos estamos en un callejón sin salida, según parece. Y como a mí no me gusta darme de narices contra las paredes, simplemente voy a dar media vuelta y salir del callejón por donde entré. Ha sido un placer conocer tus pechos, Thérèse.

—¿Qué haces? —exclamó ella, alzando la cabeza para mirar a Elvis que se había puesto en pie.

—Ya te lo he dicho: me marchó.

—Espera... Espera un momento, hombre. No he dicho que quedes fuera de concurso... ¿Puedes aguardar aquí unos minutos?

—No tengo cosa mejor que hacer. Pero —Elvis se tocó con la palma de la mano derecha la axila izquierda— te advierto que tengo muy malas pulgas cuando tratan de engañarme.

—Espera aquí.

—Terminaré mi coñac.

Thérèse salió, y Elvis encendió otro cigarrillo y se dedicó a terminar el coñac, a pequeños sorbos. Cuando Thérèse regresó al reservado, Elvis había terminado el coñac y el cigarrillo... pero supo que todo iba bien cuando vio la maleta negra parcheada con muchas etiquetas que ella portaba en la mano. Thérèse dejó la maleta sobre la rectangular mesita y se sentó de nuevo junto a Elvis.

—Mañana por la mañana sales en tren hacia Marrakech —dijo—. Allí, en la estación, te estarán esperando y recibirás las instrucciones adecuadas para seguir en el asunto.

—De acuerdo. ¿Has estado hablando por teléfono con alguien de Marrakech?

—Así es. Te diré una cosa, Elvis: eres el único que se ha negado a dar referencias de su persona, amigos y actividades últimamente desarrolladas.

—¿Y eso qué significa?

—Que antes de meterte de lleno en esto, lo pienses bien. En Marrakech las cosas no te serán tan fáciles como aquí conmigo. Tú puedes pensar lo que quieras, pero nosotros no estamos bromeando.

—Yo tampoco —aseguró Elvis, poniéndose en pie y señalando la maleta—. ¿Eso es para mí?

—Sí. Tienes que llegar con ella bien visible a Marrakech.

—Entiendo. ¿Qué hay dentro?

—Nada. Pones tus cosas y asunto terminado. Procura tomar el primer tren.

Elvis tomó la maleta por el asa y se dirigió hacia la salida del reservado, diciendo:

—Siempre he sido muy madrugador.

CAPÍTULO IV

Hacia las tres de la tarde, el tren se detuvo, finalmente, en la estación de la ONCF de la Avenue d'Essaouira

, donde, a juicio de Elvis, no había demasiada gente. Quizá por eso, apenas asomarse a la plataforma de descenso para apearse, se fijó en los dos hombres. En la relativa algarabía propia de una estación a la que acababa de llegar el tren, los dos hombres por fuerza tenían que atraer la atención de un hombre de la experiencia de Elvis: serios, atentos, mirada inexpresiva, vestidos corrientemente pero quizá demasiado bien para el lugar...

Por su parte, los dos hombres vieron a su vez, enseguida, la maleta negra con etiquetas de hoteles europeos que Elvis tuvo el cuidado de exhibir un tanto ostensiblemente mientras saltaba al andén.

Se dirigió hacia la salida de la estación y no se sorprendió en absoluto cuando los dos hombres comenzaron a caminar tras él. Lo alcanzaron rápidamente y cada uno se colocó a su lado.

Uno de ellos dijo:

—Seguramente necesitará usted un taxi.

Elvis lo miró impávido.

—Seguramente —asintió.

—¿Viene de Casablanca?

—¿De dónde si no?

—Podría venir de Rabat, o de Tánger, donde se inicia ese trayecto de ferrocarril.

—Es cierto, podría venir de cualquiera de esos sitios. Pero vengo de Casablanca. ¿Son ustedes taxistas?

Hubo un asomo de sonrisa en los labios de los sujetos. En

realidad, el que conversaba con Elvis casi rió.

—Más o menos. ¿Tiene amigos en Marrakech?

—No. Pero sí en Casablanca.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, una chica llamada Thérèse, que es una caliente.

—¿Más que el café?

—No, no tanto como el Café Moliere.

—Es usted un tío hábil conversando, North. ¿Y no se llama North?

—Me llamo Elvis North, en efecto.

—De acuerdo. Yo soy Truslow, y mi compañero es Almeida, un portugués muy simpático... cuando se le sabe tratar. Tenemos el coche ahí fuera. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Los he hecho más confortables, os lo aseguro.

Los dos hombres sonrieron de nuevo. Salieron de la estación, Truslow señaló hacia la izquierda, y segundos después llegaban junto a un coche. Almeida se colocó al volante, y Elvis y Truslow en el asiento de atrás, con la maleta negra, que Truslow señaló en cuanto el coche arrancó.

—Supongo que llevas ahí dentro algo lo bastante importante como para que pudiera llegar a valer mucho dinero.

—Un millón de dólares, exactamente —asintió Elvis—. ¿Adónde vamos?

—Llegaremos pronto. ¿Cómo va tu sífilis?

Elvis le dirigió una hosca mirada de reojo.

—Eso es lo que menos me gusta de las mujeres: hablan, hablan, hablan... Debí tirarme a Thérèse, simplemente. Así, ella no sabría nada sobre mi sífilis... hasta que ya fuese tarde. Es lo que se merecía, por charlatana.

—Tómatelo con calma —Truslow volvió la cabeza, y sonrió fríamente, diciendo—. Almeida, no vayas tan deprisa.

—Ya lo he visto —asintió Almeida, mirando por el retrovisor—. Y cualquiera que sea se va a llevar una desagradable sorpresa. ¿Los llamo por radio?

—No, hombre: Yousef y Moulay ya se deben haber dado cuenta.

—Bueno.

—¿De qué estáis hablando? —se interesó Elvis.

—Nos sigue un coche —informó Truslow, siempre mirando

hacia atrás—. No puedo ver quién hay al volante.

—Entiendo. ¿Y qué pensáis hacer? ¿Os vais a cargar a ese tipo?

—Claro que no. Ayer hubo una pequeña dificultad, y quizá el sujeto que nos sigue pueda darnos algunos datos sobre el asunto. Lo cazarán vivo... Es decir, lo cazaremos vivo.

—Buena idea —asintió Elvis, también mirando hacia atrás—. A fin de cuentas, los muertos no hablan...

Unos minutos más tarde pasaron por delante del hipódromo, que quedó atrás y a su derecha. Casi enseguida, llegaron a la Avenue de la Menara. A ambos lados se veían numerosas palmeras, destacando en el cielo nítidamente azul y refulgente de sol. En determinado momento, Elvis vio el brillo del agua de la gran alberca. Cerca había grandes casas rodeadas de palmeras; casas de color ocre, casi morado. Ciertamente, Marrakech era un lugar sorprendente para el viajero mal informado: no había apenas casas blancas, abundando en cambio las de aquel color como de bronce...

El lugar era prácticamente solitario. Sólo a cierta distancia, jugando sobre un montón de tierra, Elvis llegó a distinguir a unos muchachos árabes.

—Para ya —dijo de pronto Truslow.

Almeida frenó, paró el motor y salió del coche, con el gesto entre irritado y consternado de quien tiene dificultades. Elvis vio llegar el coche que les seguía... y vio también, tras éste, el otro coche, en el que debían ir Yousef y Moulay. Pudo ya distinguir perfectamente al conductor del primer coche, y por supuesto que no se sorprendió; pero sí se preocupó, pese a que se había interesado por las intenciones de Truslow y los demás.

Dejó de mirar los rubios cabellos que se veían tras el cristal de parabrisas del coche seguidor, y miró a Almeida, que estaba con las manos en la cintura junto al coche, mirándolo enfurruñado. Bueno, el truco no era genial, desde luego; y aunque lo hubiese sido, ciertamente que no habría engañado a Alice...

* * *

Al volante del coche alquilado el día anterior apenas llegar a Marrakech, Alice sonrió al ver ante ella, apenas a cien metros, al hombre que contemplaba su coche con gesto malhumorado. Luego,

miró por el retrovisor y vio al coche que la seguía a ella, y que ahora se iba acercando ostensiblemente, ganando terreno.

—Bueno —habló consigo misma—, espero que seáis lo bastante listos para no complicar las cosas, amiguitos.

Estaba ya muy cerca del coche en el que viajaba Elvis. El hombre que se había apeado se había vuelto, dándole frente a ella, y hacía gestos con los brazos. Alice contuvo una sonrisa, metió el pie sobre el pedal del freno y segundos después detenía el coche junto a Almeida, al que miró con amable sonrisa.

—¿Tiene usted dificultades, señor? —se interesó en francés.

—Yo, no —sonrió Almeida sacando una pistola y apuntándole a la cabeza—, pero usted sí las tiene, encanto...

El otro coche se detuvo con seco frenazo detrás de Alice y dos hombres se apearon rápidamente. Alice, que estaba inclinada hacia la ventanilla derecha, mirando con expresión «aterrada» la pistola que le apuntaba, alzó la mirada hacia los sonrientes ojos de Almeida, que se había apoyado en el hueco de la ventanilla.

—¿Qué... qué significa esto...?

La portezuela izquierda del coche se abrió. Alice se irguió en el asiento y miró al marroquí que le apuntaba asimismo con una pistola.

—Salga del coche —ordenó el hombre.

—Pe... pero...

—¡Salga!

Alice respingó y salió a toda prisa, sujetando crispadamente su portafolios y mirando con expresión desorbitada a Moulay, que se apartó y la apartó a ella de junto al coche, de modo que su compañero entró en éste, sentándose ante el volante.

—Tráela, Moulay —dijo Almeida, riendo—. Yousef, ven detrás nuestro. Pero vigila.

Yousef asintió. Moulay tomó de un brazo a Alice y la empujó hacia el coche de Almeida. Éste arrebató el portafolios de manos de Alice, lo tiró al asiento contiguo al conductor y abrió la portezuela de atrás.

—Entre aquí, rubia. Moulay, ocúpate de nuestro coche.

Moulay asintió y regresó al coche que había quedado detrás del de la rubia, la cual miraba cada vez más asustada a uno y otro sujeto. Moulay caminaba ya hacia su coche cuando Almeida frunció

el ceño, mirando a Alice.

—¿No me ha oído? ¡Entre ahí!

—Pero esto... esto no... ¿Qué... qué ocurre, qué... qué van a hacer conmigo?

—Ya veremos. Aunque se me ocurre especialmente una cosa que a lo mejor a usted también le gustaría. Estoy muy bien preparado para darle gusto al cuerpo: al mío y al de cualquier mujer.

—Pe... pero...

Truslow abrió más la portezuela, agarró de una mano a Alice y tiró bruscamente de ella, sentándola a su lado, a la izquierda. A su derecha, esto es, en el otro extremo del asiento, Elvis miró con fría indiferencia a Alice, que estaba emitiendo unos grititos de miedo. Truslow la hizo callar radicalmente, aplicándole una tremenda y sonora bofetada en una mejilla. Alice se llevó las manos a la cara para protegerse, lloriqueando, mientras Truslow gruñía.

—Vámonos ya, Almeida.

Éste asintió y puso el coche en marcha. Tras él, salieron los otros dos coches.

Truslow agarró la muñeca de Alice, la bajó rudamente y advirtió:

—Deje de llorar o le corto el cuello. ¿Me entiende?

Alice dejó de lloriquear inmediatamente y pareció que sus ojos fuesen a salir de sus órbitas, mirando a Truslow. Éste soltó otro gruñido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Yo... yo... yo...

—Si no se calma y habla con tranquilidad y claridad le voy a dar un par de guantazos que se tragará varios dientes. Y entonces sí que tendrá dificultades para hablar. ¿Está claro?

—Sí —tragó saliva Alice—. Sí, señor, sí...

—Bien. ¿Quién es usted?

—Bu... bueno yo... yo... ¡No me pegue! ¡Me llamo Alice!

—Alice... ¿qué más?

—Westmoreland... ¡Alice Westmoreland!

—Caray —se pasmó inconteniblemente Truslow—, ¡a eso le llamo yo tener apellido! Muy bien, Alice, ¿por qué nos seguía?

—Oh, yo no...

¡Plaf!, resonó la bofetada en el interior del coche. Alice rebotó

de cabeza en el borde del respaldo del asiento, y acto seguido Truslow la asió con la mano derecha por la ropa del pecho, aplastando rudamente sus senos. A su derecha, Elvis North encendió parsimoniosamente un cigarrillo, como si nada estuviera ocurriendo. Alice había empezado a gimotear de nuevo, pero calló bruscamente cuando Truslow le dio un golpe más bien amable en el hígado con el puño izquierdo.

—Escuche, nena, nos ha estado siguiendo, eso estaba más claro que la luz del sol que tenemos ahí fuera. Pero es que, además, en cuanto la he visto he recordado: usted estaba en la estación del tren, y si también va a negar esto...

—No la estropees demasiado —rió Almeida—: me gustaría que estuviese en buenas condiciones cuando me la tire.

Alice, que miraba de uno a otro de nuevo con expresión desorbitada, miró vivamente a Elvis cuando éste, expeliendo el humo, dijo con desgana:

—Será mejor que se deje de tonterías, preciosa: yo también la vi por la estación. Y déjese de cuentos, o lo va a pasar muy mal, muy mal...

—Exacto —asintió Truslow con un gruñido—. ¿Y bien?

—Bueno, yo... yo... En realidad, yo le seguía a él —señaló Alice tímidamente a Elvis.

—¿A mí? —se sorprendió éste—. ¿Por qué?

—Es que... es que lleva una maleta... como la que tenía Roger...

—¿Roger Lamotte? —exclamó Truslow.

—Sí —exclamó también Alice—. ¿Lo conoce usted?

—De nombre. ¿De qué le conoce usted?

—Bueno, pues... Oh, es que Roger y yo somos... amigos...

—O sea —rió Almeida—, que deshacéis la cama juntos, ¿no?

—Bueno...

—Cierra la boca —farfulló Truslow—. ¿Es usted amiga de Roger Lamotte, entonces?

—Sí, sí...

—Estupendo. ¿Dónde está él?

—No lo sé. Nos despedimos hace dos noches en Casablanca... Él tenía una maleta como la de ese hombre —señaló a Elvis—. Me dijo que viniese a esperarlo, que él llegaría en tren y ya me avisaría, que me instalase como una reina en el Hotel des Almorávides. Pero

como ayer no me llamó me... me preocupé, y... y pensé que quizá llegase hoy, así que... que fui a la estación... y al ver una maleta como la que él me enseñó en Casablanca...

—Es lista la rubia —dijo Almeida.

—¿Qué más sabe de Roger Lamotte? —insistió Truslow.

—¡No sé nada más, se lo he dicho todo!

—¿No se le ocurrió llamar a Casablanca, por si él todavía estaba allí?

—Ya llamé al hotel en que estuvimos, el Bordeaux, pero me dijeron que no sabían dónde estaba Roger. Insistí y me dijeron que llamase más tarde. Cuando volví a llamar, me dijeron que las cosas de Roger estaban en su habitación, pero que no sabían nada más...

—¿Y no se le ocurrió pensar que si sus cosas estaban en Casablanca él todavía podía estar allí? Eso era lo lógico, ¿no? Y por lo tanto, ¿por qué venir a esperarlo a la estación de Marrakech?

—Pensé... Bueno, últimamente Roger no estaba bien de dinero, y pensé... que se habría marchado del hotel sin pagar, dejando allí sus cosas...

—¡Divina jugada! —rió Almeida.

—Eso tiene sentido —masculló Truslow—. Lo que no tiene sentido es que Lamotte no viniese ayer a Marrakech, ni haya llegado hoy. ¡No me gusta nada esto!

—Si sus cosas estaban en el hotel —dijo sosegadamente Elvis— es que él todavía está en Casablanca. Sea lo que sea que le haya pasado, él está allí: si hubiese venido hacia aquí, habría vaciado la habitación, fuese como fuese. Y no me preguntes cómo sé eso —se adelantó a la posible pregunta de Truslow—. Simplemente, me pongo en su lugar.

—Está bien. Llamaremos a Casablanca para que se interesen por lo que le haya podido ocurrir a Lamotte. Almeida, vamos a la casa.

—Pe... pero yo... yo tengo que... —empezó a decir Alice.

—Tranquílcese. Si Lamotte hace lo que tiene que hacer, se reunirá con él, no lo dude. Y si ha ocurrido algo que pueda resultar inconveniente para nosotros, lo mejor es que la tengamos fuera de circulación. ¿La vio alguien con él en Casa?

—No, no... Bueno, estuvimos juntos el último, día en el mismo hotel, pero simulamos no conocernos. Lo hemos hecho otras veces...

—Es una astuta maniobra —asintió Truslow—. Pero de todos modos, será mejor no confiarnos, así que va a venir con nosotros...

—Pero tengo... una habitación en el Almorávides...

—Ya arreglaremos eso.

—Pe... pero...

—¡Cállese de una maldita vez! —No se preocupe— murmuró Elvis—; puesto que es amiga de un amigo nuestro, la trataremos bien, para que él no se enfade cuando aparezca.

—Si aparece —murmuró Truslow—. ¡No me gusta esto!

—Oye —dijo Almeida—; ya no doy más rodeos, ¿verdad?

—No. Vamos directos a la casa.

CAPÍTULO V

La casa resultó estar en la Avenue de la Menara, cerca de donde minutos antes había sido capturada Alice. Había un muro de ladrillos de tierra cocida, con un gran arco enmarcando la entrada a lo que podría definirse como jardín. Había palmeras, algunas flores, un pozo que parecía en desuso. La casa, de color ocre, naturalmente, era grande y en oíros tiempos debió de ser hermosa, y por supuesto, incluso estar bien cuidada.

En la actualidad no era así. Parecía poco menos que abandonada, y por el jardín algunas cabras negras mordisqueaban todo cuanto de vegetal encontraban a su paso, dejando tras ellas las bolitas negras inevitables. Alrededor de las palmeras había montoncitos de dátiles y de huesos. En alguna parte, ladró un perro, con tal sonoridad que pareció reventar el silencio denso y súbito que se había hecho cuando los tres coches dejaron de funcionar.

—Me parece —dijo Elvis, sonriendo despectivamente— que la rubia está asustada, Truslow.

Éste miró hacia Alice, encogió los hombros y la empujó.

—Salga. Y no me cabree más con su charla; simplemente estará aquí mientras esperamos a Lamotte. Eso es todo.

Alice salió del coche, mientras Elvis lo hacía por el otro lado, mirando a todas partes al parecer sin curiosidad alguna... Un hombre negro, de gran cabeza afeitada, salía de la casa, vestido únicamente con unos viejos «*jeans*».

—Alí —lo llamó Truslow, apenas salir del coche tras Alice—. ¿Hay alguna novedad?

—No, señor —movió la cabeza el negro—. No hay nada.

Truslow masculló algo y señaló hacia la casa, pero se volvió apenas hubo dado unos pasos.

—No dejéis los coches aquí —gruñó—. Llevadlos a la parte de atrás. ¡Maldita sea! ¿Es que hay que decíroslo todo?

Alí estaba junto a la puerta de la casa cuando entraron en ésta Truslow, Elvis y Alice, a la que miró con lujuria, sonriendo, mostrando unos dientes blanquísimos rodeados de una orla amarillenta.

Al fondo del amplio vestíbulo había otro arco, abierto a un patio con un surtidor del que no brotaba agua, y desde donde llegaban algunas voces apagadas. Truslow señaló hacia allí.

—Esperad con los demás. Si queréis algo, pedídselo a Alí. Pero en francés o en marroquí: no habla otra cosa.

Elvis y Alice comenzaron a caminar. Elvis se detuvo, y se volvió.

—¿Y mi maleta? Tengo en ella...

—Tranquilo. Supongo lo que tienes en ella y precisamente vamos a echarle un vistazo. Ah, otra cosa —Truslow señaló la axila de Elvis—. Aquí dentro nadie va armado, de modo que entrégale tu pistola a Alí.

Elvis vaciló, pero sólo un instante. Entregó su pistola al negro, que la guardó en el bolsillo de sus tejanos, sonriendo.

—¿Hay algo para beber? —farfulló Elvis.

—Desde luego —señaló de nuevo Truslow hacia el patio.

Elvis y Alice reanudaron la marcha hacia allí, seguidos de Alí. En el patio, además del surtidor, había más palmeras y varios granados en flor, preciosos... y a la sombra de las palmeras, en cómodas tumbonas extensibles, varios hombres, en evidente plan de haraganería, bebiendo, fumando. En principio, el que parecía destacar más era un sujeto larguirucho y pelirrojo, de ojos de reptil, fríos como hielo; pero enseguida captaba uno la exótica presencia del japonés, que parecía el menos gandul de todos, sentado correctamente, y con tal expresión de impavidez en su aceitunado rostro, que parecía una estatua.

—¡Hombre! —Se oyó la exclamación en español—. ¡Una mujer! ¡Y de las buenas!

Alice lo miró y luego giró la vista alrededor, mirando rápidamente a los demás. En total, había seis hombres, cinco de los cuales la miraban con relativo interés; el japonés parecía que ni siquiera la había visto.

—¿Eres inglesa? —preguntó el pelirrojo de ojos de reptil.

—No... No...

—¿Alemana? —preguntó un sujeto alto, macizo, sólido.

—No... Soy americana.

Elvis la miró, alzó las cejas y gruñó:

—Yo también soy americano.

—Bueno, eso no significa nada —dijo el español—. Yo la he visto primero... Ven, rubia, toma algo conmigo... ¿Hablas español?

—No, lo siento. Y no... no quiero nada, gracias.

Se sentó en una de las tumbonas, en el borde. Parecía muy asustada. Elvis se dejó caer en otra tumbona, estirando las piernas, y cerró los ojos... aparentemente, al menos... Sabía que los seis hombres, aunque aparentasen un interés primordial por Alice, le estaban mirando a él. Seguramente se preguntaban quién era... No su nombre, que eso no tenía importancia, sino *quién* era él en su ambiente, ya que, al parecer, ninguno le recordaba de sus andanzas por esos mundos en guerra. Muy natural, por supuesto.

La situación no le gustaba nada en absoluto. Había tenido que entregar la pistola, pues de otro modo habría sido peor. Y ahora se encontraba en un lugar lleno de hombres adictos al Premio Koble, y con unos planes bélicos en su maleta que habían sido ideados por Roger Lamotte; lo que significaba que si Koble, o quienquiera que dirigiera aquel asunto, ya había sido informado de parte de aquellos planes por Thérèse después que ésta se entrevistó con Lamotte, podía llegar a la conclusión, a la sospecha, de que era demasiada casualidad que Lamotte y él hubiesen pensado cosas tan parecidas...

—Me llamo Luis —oyó de nuevo la voz del español—. ¿Y tú, rubia?

—Alice. Soy... soy amiga de Roger Lamotte.

Se oyó una exclamación. A través de los párpados casi cerrados, Elvis vio a uno de los hombres incorporándose en la tumbona, mirando con simpática sorpresa a Alice.

—¿Eres amiga de Lamotte? —dijo el hombre—. ¡Vaya, ésta es buena! Yo también soy amigo de Lamotte... ¿Dónde está él?

—No sé... Supongo... supongo que vendrá... más adelante...

—Bueno, ¿qué te parece? ¡El viejo canalla de Lamotte! Seguramente te habrá hablado de mí: Rudolf Yashin... ¿Sí?

—No... No. Hace poco que nos conocemos, y no... no acostumbra a hablar de nadie. Sólo piensa en sus cosas...

—Ah, sí —asintió el ruso Yashin—. ¡Eso es propio de ese canallita! ¿Dices que eres amiga de él? ¿Qué clase de amiga?

—Bueno —pareció sofocarse un poco Alice—. No sé. Somos amigos... Bueno, nos conocimos hace poco. Yo... yo estaba en un pequeño apuro, y él fue amable conmigo...

—¡Entiendo! —rió Yashin—. Bueno, no es nada del otro mundo que una chica como tú saque partido de su cuerpo...

—Yo también soy americano —dijo de pronto otro de los hombres—. Me llamo Stewart Moore. Hay quién me llama el Yanqui. Hace un par de años conocí a Lamotte, en Uganda...

Elvis iba mirando de uno a otro. Bien, ya sabía que había un americano llamado Stewart Moore, un bello ruso llamado Rudolf Yashin, un español llamado Luis... Luego estaban el japonés, el británico de los ojos de reptil, y el sujeto macizo, que sin duda era alemán... Bien, ¿qué importaba quién estuviese allí? Lo importante era que si Lamotte había sido muy explícito con Thérèse respecto a su plan bélico, y Thérèse había informado a los de Marrakech, la cosa podía ponerse francamente mal...

Vio aparecer a Alí con una bandeja, que colocó ante él, pero simuló estar adormilado. Alí hizo sonar los cubitos de hielo en el vaso, y entonces Elvis abrió los ojos. Alzó las cejas con gesto de sorpresa grata, se sentó mejor, y tomó el vaso.

—Gracias, Alí.

—Es un buen *whisky* —sonrió Alí.

El británico soltó un bufido.

—Es *whisky* americano —farfulló—, o sea, una mierda.

Elvis se quedó mirándolo inexpresivamente, pero no así el Yanqui, que preguntó con voz melosa:

—Oye, Flagg: ¿eso significa algo especial?

—¿Cómo qué, de especial? —preguntó el británico pelirrojo.

—Hombre, digo yo que a lo mejor has querido decir algo especial para molestar a los yanquis.

—¿Y si así fuese?

—Tendría mucho gusto en romperte la cara... Así nos entretendríamos un poco, ¿no te parece?

—¿Se van a pelear? —Respingó Alice, abriendo mucho los ojos.

—¡Quita ya...! —rió el español—. Lo que tienen éstos es más boca que un hipopótamo... pero sólo les sirve para comer... y para

hablar, claro...

—Amigo Morales —lo miró sonriente Moore—, ¿quieres que te la parta a ti?

—Tú a mí —sonrió el español—, lo único que podrías hacerme es masturbarme... con perdón de la rubia.

—Pues no es mala idea —dijo secamente Moore, comenzando a ponerse en pie—. ¡Te voy a dejar sin ganas para el resto de tu vida!

—Mi madre, ¡qué miedo! —rió el español, sin moverse de la tumbona, pero agitando ante él las manos con fuerte temblor—. ¡Mira cómo tiemblo!

—Estaos quietos —gruñó el alemán—. Parecéis idiotas.

—¿Quién te ha metido a ti en esto, Womberg? —Lo miró aviesamente el Yanqui.

—Tu puta madre —replicó el alemán—. ¿Pasa algo?

—Todavía me quedan algunos dólares —dijo Elvis—. Podría instituir el Premio North del Cretinismo, y seguro que lo ganaba alguno de vosotros. North soy yo: Elvis North. Bien, ¿cuál de vosotros va a ser el más cretino?

—Parece que el *whisky* te ha soltado la lengua —dijo Luis, riendo.

Elvis lo miró apaciblemente, bebió otro sorbito de *whisky* y eso fue todo. El alemán Hans Womberg se sentó, y lo mismo hizo Moore. El japonés se movió, aspirando hondo, y Luis Morales lo señaló.

—¡Confucio se ha movido! ¡Lo he visto!

Hubo algunas risitas. Los ojos del japonés se desviaron un instante hacia el español, y eso fue todo. Elvis terminó de beberse el *whisky* de un largo trago, cerró de nuevo los ojos y pareció desparramarse en el sillón. Luis Morales acercó su tumbona a la de Alice y comenzó a charlar con ella. Un par de minutos más tarde, todos charlaban, menos Elvis, que parecía dormido...

* * *

—Elvis y Alice —apareció Truslow en el patio del interior—. Venid los dos conmigo...

Alice se puso en pie inmediatamente, como sobresaltada. Elvis abrió los ojos, miró a Truslow, y luego se incorporó, como de mala

gana. Salieron del patio en pos de Truslow y lo siguieron hacia el otro lado de la casa. Entraron los tres en una gran habitación sumida en una densa penumbra fresca, agradable.

En la habitación estaban esperando Almeida, Yousef, Moulay y Alí, cerca de una gran silla de cañas, de alto respaldo, ocupada por un hombre que no se distinguía muy bien. No sólo por la penumbra, sino porque era negro. Como una oscura mancha en aquel lugar sombrío...

Un negro vestido con ropas oscuras, que ambos vieron mejor cuando estuvieron más cerca. Truslow se detuvo y ellos hicieron lo mismo. El negro era enorme. Alto, grueso, impresionante. Vestía una especie de «mono» más negro que él mismo y llevaba en la cabeza un gorrito de piel con dos sorprendentes cuernos. Sus ojos eran apenas dos puntitos de luz tras los cristales oscuros de unas gafas. Un sujeto interesante, sin duda alguna.

—Yo soy Koble —dijo en inglés, con voz seca, fría—. Y sé que vosotros os llamáis Elvis y Alice. Ahora, díganos, Alice: ¿alguna vez vio antes a Elvis?

Alice miró como desconcertada a Elvis.

—¿A este hombre? No, no, no...

—Reflexione. ¿Está segura de no haberlo visto... en Casablanca, por ejemplo?

—Bueno... Estoy segura, desde luego. Y si lo vi en algún momento, no debí fijarme en él. No lo recuerdo.

Los dos puntitos brillantes se desplazaron hacia Elvis.

—¿Y usted? ¿Vio en Casablanca a esta mujer?

—No.

—Pero sí debió de ver a Roger Lamotte, ¿verdad?

—No.

—Yo creo que sí.

—No.

—No sólo le vio, sino que seguramente lo mató... para robarle los planes bélicos que él había preparado para presentar a mi premio. La similitud entre las noticias que tenía sobre los planes de Lamotte y los que usted ha presentado, es evidente. Demasiada similitud para ser admisible: una guerra entre España y Marruecos basada en el conflicto latente entre estos países debido a Ceuta y Melilla no es una idea en exceso brillante, aunque debo admitir que

sí muy oportunista; es fácil que se les ocurra a dos hombres. Pero Roger Lamotte no fue tan reacio como usted para explicarle a Thérèse su plan, y eso me lleva a una conclusión peligrosa... para usted: no habló de su plan con Thérèse porque sabía que ella habría comprendido que se trataba del mismo plan de Lamotte. De lo que se deduce que usted quería llegar hasta aquí fuese como fuese. Muy bien, ya ha llegado. ¿Y ahora?

—Está usted equivocado —dijo serenamente Elvis.

—Claro que no. Pero tengo una duda: ¿qué pretende usted?

—Ganar un millón de dólares, eso es todo.

—Para ganar un millón de dólares hay que ofrecer algo más de lo que usted ofrece, North. Elio me lleva a la conclusión de que no pertenece usted a ningún servicio secreto acreditado: cualquiera de esos servicios secretos habría presentado aquí un plan mejor que el de usted. No es, por tanto, un agente secreto americano, británico o de cualquier otro organismo. Es un particular... que o bien por pereza, o bien por incapacidad para idear un plan bélico, ha matado a Roger Lamotte para robar su plan y venir aquí. ¿Qué clase de... particular es usted, y qué pretende?

—Ya le he dicho todo lo que tenía que decir, Koble.

—Aunque le parezca que todo esto es una estupidez absurda, North, yo debo desengañarlo: no es eso, ni mucho menos. Tampoco obtenga conclusiones por el hecho de que todo lo que ha visto aquí es una vieja casa, un negro, un patio sucio y unas cuantas cabras que se van cagando por ahí... Estaría muy equivocado. El engranaje del Premio Koble es tan complejo y enorme que un aventurero privado como presumo que es usted no podría hincarle el diente por ningún lado. Como espero que ya haya comprendido, si estamos aquí recibiendo a quien quiera venir es porque sabemos que nuestra postura es fuerte. No tememos a nada ni a nadie... ¿No ha pensado en ello?

—Sí, lo he pensado —admitió North.

—Entonces, sea inteligente y ahórrese fracasos, desilusiones y malos ratos. El objetivo del Premio Koble es tan amplio, tiene una cantidad tal de tentáculos poderosísimos, de recursos de toda clase, que usted no es nada, no es nadie. Si todo lo que ocurre es que ha querido ganar un millón de dólares con el trabajo de otro, dígalos y en paz. Yo comprendería su actitud. Pero si está buscando algo más,

algo diferente, quiero saber qué es... ¿Me explico?

—Sí.

Alice estaba impresionada. ¡Vaya si el negro Koble se explicaba! ¡Y con qué claridad! Su lucidez mental era asombrosa, su claridad de expresión no daba lugar al menor equívoco. No se había alterado, estaba frío como un pez. Y su inglés era excelente, impecable. Ni un inglés lo hablaría mejor. ¿Quién era en realidad Koble? ¿De dónde había salido, a quién representaba, qué se estaba tramando realmente con el asunto del Premio Koble?

—Pues si me he explicado bien, quiero buenas respuestas —decía Koble—. ¿Y bien?

—No tengo más respuestas que las que he dado.

—Le voy a conceder unas cuantas horas para reflexionar... Como ve, no pienso salir huyendo, no temo nada, Pero usted sí debe temer mucho si mañana por la mañana no me proporciona respuestas satisfactorias. Si no lo hace, North, le cortaremos los testículos y el pene, se los meteremos en la boca, y lo dejaremos colgando en una farola de la Place de la Liberté. Encerradlo.

Yousef y Moulay se acercaron a él, y lo agarraron por los brazos. Elvis miró fríamente a uno y otro.

—Quitadme las pezuñas de encima —susurró.

—Yo te voy a dar pezuñas, sifilítico de mierda —jadeó Truslow, acercándose por detrás, blandiendo la pistola.

Elvis comenzó a volverse, pero no llegó a tiempo: el golpe propinado por Truslow le alcanzó en los riñones, mientras Moulay y Yousef le sujetaban con más fuerza, por los brazos. Por un instante, las piernas de Elvis se doblaron, pero su reacción fue prácticamente simultánea a esta muestra de dolor y debilidad: giró hacia la derecha el cuerpo, y lanzó un rodillazo con la pierna izquierda hacia el bajo vientre de Moulay, que lanzó un berrido, soltó su brazo, y cayó encogido al suelo, sin dejar de lanzar berridos.

Truslow lanzó una exclamación, alzó de nuevo la pistola... y Elvis se inclinó, no sólo esquivando aquel golpe, sino el que le lanzaba Yousef, ante el cual se inclinó, se lo cargó en los hombros y lo lanzó fuertemente por encima de él.

El grito de Yousef se confundió con el de Elvis, junto al cual había llegado Allí, descargando en el centro de su espalda un doble puñetazo con sus enormes manos. Elvis cayó de rodillas, justo

delante de Almeida, que lanzó una risotada... y un puntapié directo a los testículos de Elvis, que tuvo el tiempo justo de protegerlos con las manos. Las manos crujieron, pero Elvis comenzó a ponerse en pie... Truslow le llegó por detrás y le golpeó en la cabeza con la pistola. Elvis cayó de nuevo de rodillas y entonces recibió el puntapié de Almeida en la boca del estómago. El rostro de Elvis se demudó, se desencajó, sus ojos parecieron apagarse, y cayó de bruces.

Eso fue todo.

Moulay, que estaba en pie tambaleándose, comenzó a lanzar maldiciones en marroquí, y se abalanzó sobre Elvis, comenzando a dispararle puntapiés, pero Koble lo detuvo, con tono seco, cortante, definitivo.

—Ya basta. No quiero que muera... todavía. Encerradlo y ya veréis cómo mañana, tras reflexionar, nos dirá la verdad. Marchaos.

Se marcharon todos, arrastrando a Elvis por los pies, sin conceder importancia a los rebotes de su cabeza. Solamente Alí quedó en la gran habitación. Y Alice, que desvió por fin la mirada del cuerpo de Elvis y miró a Koble.

Éste, que la miraba con atención, sonrió amablemente.

—Para usted, señorita Westmoreland, tengo algo mejor que esto. Por favor, venga conmigo.

CAPÍTULO VI

De aquella habitación pasaron a otra, desconcertante. Estaba bella y confortablemente amueblada a estilo inglés, pulcra, agradable. Era como pasar de un mundo a otro... Y nunca mejor dicho: de Africa a Europa, a la vieja Inglaterra.

Koble se dejó caer en un sillón, miró a Alice y se echó a reír, señalando otro sillón.

—Siéntese, siéntese... ¿Le gustaría tomar champaña?

—Me encantaría —sonrió Alice.

Koble hizo una seña a Alí, que los había seguido. Luego, de un bolsillo del «mono» sacó una cachimba, que ya estaba cargada, y que encendió con evidente placer. Tabaco inglés, por supuesto. La mirada de Alice estaba fija en las manos de Koble, y ahora que estaban en una habitación iluminada...

—No es conveniente a veces fijarse demasiado en las cosas, señorita Westmoreland —rió el negro—. Lo digo porque su mirada resulta... tremendamente indiscreta.

—Lo siento —parpadeó Alice.

—Bah, bah, no se preocupe demasiado... Dígame, ¿le habló su amigo Lamotte del Premio Koble?

—Bueno, él... mencionó ese nombre un par de veces, pero no me dijo de qué se trataba. Todo lo que sé es que parecía... satisfecho. Me aseguró que pronto tendríamos mucho dinero.

—Ah. Evidentemente, Lamotte tenía mucha confianza en su plan bélico. Confianza injustificada, desde luego. No es que el plan sea malo, pero tenemos otros mejores.

—La verdad es que no sé de qué va todo esto, señor Koble.

—Claro. Se lo explicaré con pocas palabras: se trata de premiar con un millón de dólares el mejor plan que pueda provocar una

guerra, cuanto más importante mejor, en cualquier parte del mundo. Alice fingió magistralmente su asombro.

—¡Dios mío! —exclamó—. Y eso... ¿para qué?

—Sería quizá un poco difícil que usted lo entendiera. ¿Para qué? A mi entender, ésa es una pregunta muy ingenua. Las guerras siempre se ponen en marcha por el mismo motivo: dinero. Dinero en grandes cantidades, naturalmente. En grandiosas cantidades.

—Pe... pero algunas guerras...

Koble se echó a reír.

—¡Tonterías! Sea lo que fuere lo que usted iba a decir, tonterías enormes, señorita Westmoreland. Las guerras nunca se hacen por patriotismo, ideales, religiones, ni nada de nada... Ciertamente es, claro está, que la carne de cañón, los hombres que mueren en ellas, lo creen firmemente: guerras santas, guerras patrióticas... Pero los hombres que mueren en las guerras no son nada, no saben nada de nada, son absolutamente engañados, utilizados. ¿Me comprende? Detrás de toda guerra hay siempre, SIEMPRE, una ambición económica, que, claro está, se satisface con el poder. Viene a ser lo mismo... ¡Ah, ya tenemos aquí el champaña!

Alí sirvió champaña a los dos y se quedó de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el musculoso pecho, mirando con expresión ardiente a Alice. Ésta y Koble bebieron de sus copas y luego Alice murmuró:

—¿Por qué me ha contado usted todo eso?

—Según yo entiendo, usted es una puta, ¿no?

Alice respingó y se quedó mirando fijamente a Koble, que volvió a reír.

—¿No le ha gustado mi expresión? Lo siento de veras, le aseguro que no era mi intención ofenderla sin necesidad. Simplemente, me pareció que la... definía. Admitirá usted que una mujer que va por el mundo acostándose con sujetos de la calaña de Roger Lamotte no es precisamente una monjita, ¿verdad?

—No había necesidad de que fuese usted tan rudo —susurró Alice.

—Bueno, bueno, no se enfade. Es una chica preciosa, señorita Westmoreland. Observe a Alí; la está mirando de tal modo que, como suele decirse, la ha poseído ya con la mirada un montón de veces.

—Mientras sólo sea con la mirada...

—¡Vamos...! ¡Le aseguro que no lo pasaría mal con Alí! Pero, en fin, ciertamente no la he traído aquí para hablar de sexo, sino de negocios... Bueno, a decir verdad, de ambas cosas: usted hablaría de negocios conmigo y de sexo con otra persona... ¿Le disgustan a usted los negros, le repugnan?

—En absoluto. Es decir, hay negros que me repugnan y negros que no me repugnan; pero eso me pasa también con los blancos.

—Entiendo. ¿Le gustaría ganar cincuenta mil dólares?

Aliceladeó la cabeza, entornó los párpados y sonrió. Eso fue todo. Koble también sonrió. Bebió un sorbo de champaña, pensativo de pronto.

—Evidentemente —murmuró—, es usted una aventurera, pero una aventurera con cierta clase. Me gusta, creo que haría bien determinado trabajo en cierto lugar. Tendría que acostarse con un negro de unos setenta años. Ah, eso sí, un negro limpio, sin duda.

—Por cincuenta mil dólares, lo mismo me daría que fuera un negro sucio. Señor Koble, ¿se está burlando de mí?

—No. Nosotros tenemos el modo de introducirla en determinado ambiente en el cual llegaría usted a conocer a ese anciano negro. Es un hombre... con mucha vitalidad, y siente una gran debilidad por las mujeres blancas... y hermosas, por supuesto. Es un hombre que nos está ocasionando algunas molestias, y que queremos quitar de en medio.

—¿Lo quieren matar?

—No, no... Eso no será necesario. Solamente se trataría de que usted consiguiese... embaucarlo lo suficiente para que nosotros pudiésemos tomar unas cuantas fotografías...

—¿Fotografías pornográficas?

—Lo más pornográficas posibles —asintió Koble, risueño—. Hasta el límite al cual usted pueda llegar. Con esas fotografías, nosotros conseguiremos retirar a ese negro de su puesto y colocar en él a otra persona que nos interesa más.

—Creo que entiendo. Pero, señor Koble... ¿por qué dice usted *nosotros*? ¿A quiénes se refiere?

—Olvídelo. En realidad, eso no es más que una diminuta parte de un vasto plan cuyo alcance la dejaría a usted tan aturdida que ni siquiera comprendería nada de nada. Estábamos dispuestos a ir a

París a buscar a una mujer adecuada, pero usted puede servirnos.
¿Acepta?

—Sí.

—Muy bien. Ahora, será mejor que se dedique a descansar: mañana temprano tenemos que emprender un largo viaje...

—¿Nos iremos de aquí? Pero usted ha dicho...

—Aquí ya no tenemos nada más que hacer. Tengo ya planes bélicos suficientes para nuestros propósitos.

—¿Quiere decir que con seis planes de éstos ya tiene suficiente?

—¿Seis? —Arqueó las cejas Koble.

—Bueno, como en el patio he visto seis hombres...

—Ah, claro. Pero tengo muchos más... ¡Muchos más! —rió.

—¿Y para qué quiere tantos, si el Premio Koble sólo puede ser para uno?

El imponente Koble se echó a reír de buena gana, lo que hizo sonreír a Alí, que mostró su dentadura blanca y amarilla. Alice se limitó a mirar al riente negro, con gesto de desconcierto. Koble pudo decir, entre risas:

—Bueno, no se preocupe usted de esas cosas. Hemos hecho un trato y eso es lo único que ha de preocuparla. ¿Le gustaría cenar conmigo?

—Es usted muy amable...

—Nada de eso —cortó Koble—. Solamente voy a ponerla a prueba. El hombre con el que tendrá usted que intimar es muy... lujurioso, pero no es un negro desdichado que se conforma con cualquier cosa.

—Comprendo. Usted quiere conversar conmigo para ver si le sirvo realmente, para asegurarse de que tengo... el suficiente nivel para llegar a interesar a ese anciano desde el principio. No se trata de ponerle en el camino a una simple aventurera que sólo entienda de sexo, sino que sea capaz de retenerlo, de seguir relacionándose con él hasta conseguir la situación en la que se puedan lograr esas fotografías pornográficas.

—Exactamente. Es usted inteligente, señorita Westmoreland. Espero que su actuación sexual sea tan satisfactoria como su indudable nivel mundano.

—Y supongo —sonrió Alice— que ahora querrá ponerme personalmente a prueba, Sólo para ver qué tal lo hago, claro.

—Oh, no —negó con displicencia Koble—. Dentro de un rato cenaremos, conversando tranquilamente. De su actitud sexual no vamos ni siquiera a hablar, ya que quien se encargará de juzgar sus... posibilidades no seré yo. Espero que salga usted airosa de la prueba...

—¿Quién va a hacerme esa prueba?

—Debería usted haberlo adivinado —rió Koble.

Alice se pasó la lengua por los labios y miró a Alí.

—¿El? —susurró.

—¡Exactamente! —Koble se partía de risa—. Alí es todo un experto, y no sólo lo pasará bien con usted y usted con él, sino que me informará con todo detalle de sus méritos para este trabajo. Espero que pueda usted convencer a Alí, señorita Westmoreland.

—¿Por qué él? ¿Por qué no hace la prueba usted mismo?

—La voy a sorprender: no me gustan las mujeres. En cambio, Alí se vuelve loco por ellas. Le gusta cualquier mujer, pero naturalmente sabe apreciar los buenos bocados. Estoy seguro de que a usted la tratará con el refinamiento necesario para... degustarla adecuadamente. Claro que si usted no quiere aceptar el trato...

—Oh, no —sonrió de pronto Alice, mirando al negro que la devoraba con la mirada desde la puerta—. Me parece que usted tiene razón; en definitiva, no se debe pasar mal del todo con Alí.

—Me gusta usted —aprobó Koble—. Por lo tanto, ya que estamos dispuestos a pagar bien sus servicios, me satisfaría mucho que fuese quien lo realizase. Me desagrada dar dinero a personas que no me caen bien.

—Muchas gracias —rió ahora Alice—. ¿De verdad que no le gustan las mujeres?

—Conversando me distraigo con ellas, en ocasiones. Como el caso de usted, que me está resultando sorprendente. Pero, la verdad, en la cama comprobé hace ya tiempo que carecen de imaginación.

—Bueno —parecía pasmada Alice—. Espero que mañana Alí le saque a usted de su error en ese aspecto, al menos en lo que a mí se refiere.

—Esperémoslo. ¿Qué le parece si habláramos de la cena? Usted va a tener que estar bien alimentada para aguantar el combate con su contrincante esta noche.

—Espero —deslizó amablemente Alice— que también a él lo tenga usted bien alimentado.

Seguramente, las carcajadas de Koble resonaron en toda la casa.

* * *

Alice entró en el amplio y destartalado dormitorio, y Alí lo hizo tras ella. El fornido negro la miraba embelesado, cautivado ahora no sólo por la belleza de la muchacha blanca, sino por la risa y la gracia que había estado derrochando durante la cena con Koble, el cual, evidentemente, lo había pasado muy bien.

Pero, al parecer, sí era poco adicto a las mujeres, porque ni siquiera una de las gracias de Alice le había impulsado a hacer él mismo la prueba de su capacidad sexual, de su... imaginación. En cambio, a Alí se le estaba haciendo la boca agua.

Alice, que se había vuelto a mirarlo, alzó las cejas y acto seguido sonrió.

—¿Qué le pasa? —preguntó, en francés—. ¿Por qué no terminas de entrar y cierras la puerta?

Alí obedeció, en silencio, siempre mirando fijamente a Alice, que echó un vistazo a su alrededor. Había un armario, una cama enorme, un par de sillones polvorientos... Por supuesto, aquel lugar había sido elegido simplemente como base para la operación de contacto con los candidatos al Premio Koble de la Guerra. Cuando esta parte del asunto estuviese solucionada, Koble se iría, y asunto terminado. Interesante personaje el tal Koble. Tan interesante que...

Las manos de Alí, apareciendo por detrás de ella, abarcaron los senos de Alice, apretándolos con fuerza. Ella volvió y alzó un poco la cabeza, y sonrió de nuevo al negro.

—¿Estás impaciente? —se interesó.

—Vamos a hacerlo ahora —jadeó él.

—Está bien. Supongo que estás disparado como un obús. Pero haz el favor de no hacerme daño en los pechos, ¿quieres?

—Me gusta tocarlos —sonrió Alí.

—Lo comprendo muy bien. Eso no es muy original, de todos modos. Vamos, quita tus manazas de aquí para que pueda desnudarme... ¿O no quieres que me desnude?

Alí retiró las manos de mala gana. Alice se alejó unos pasos de él

y comenzó a quitarse el vestido, mientras el negro, en un santiamén, se quitaba los pantalones... Cuando vio aquello. Alice retrocedió un paso, realmente espantada.

—Dios mío...

—¿No te gusta? —Mostró Alí sus dientes.

Alice apartó su desorbitada mirada de la enormidad del negro, miró los saltones ojos de éste fijos en ella y continuó desnudándose sin contestar, pero preguntando:

—¿Han de venir más hombres con planes de guerra?

—No sé, creo que no.

—Pero seis son pocos para elegir realmente uno bueno, ¿no te parece?

—No sé de eso... Pero el amo tiene más de seis, muchos más...

—¿Cómo va a tener más de seis, si sólo hay seis hombres en la casa, siete, contando a ese Elvis?

—Hay más —refunfuñó Alí—. ¡Hay muchos más!

—Pues no los he visto... ¿Dónde están?

—Ya no están —rió estúpidamente Alí.

—¿En qué quedamos? ¿Están o no están?

—Están, pero no están... ¡Vamos a la cama!

Se acercó a Alice, y la ayudó rudamente a terminar de desnudarse, lanzando ávidos manotazos a sus formas. Alice no pudo retrasar más el momento de encontrarse desnuda entre los brazos del negro, que le lanzó un feroz mordisco al cuello, que sólo gracias a un ágil movimiento pudo evitar.

—Tómatelo con más calma, ¿quieres? —reprendió—. Me gustan las cosas bien hechas, no a lo bestia...

Alí la agarró por los cabellos y de un tirón la arrojó sobre la cama, cayendo acto seguido sobre ella, manoseándola con una furia aterradora. Le separó bruscamente los muslos y en un instante estuvo en la posición adecuada. Alice lanzó un alarido cuando se sintió de pronto en poder del negro, que comenzó a moverse velozmente, farfullando:

—Espera —jadeó—. ¡Espera, quiero hacerte primero algo que te va a gustar mucho...!

—No —gruñó él—. ¡Sigamos! Primero quiero hacerlo una vez y luego ya jugaremos...

Reanudó sus embestidas, pero Alice se las arregló para girar,

quedando de costado, desprendiéndose así de la posesión del negro, cuyos ojos estaban ahora turbios de deseo y de ira.

—¡Haz lo que te digo, y no te arrepentirás! —jadeó Alice—. ¡Son sólo unos segundos y lo pasarás mucho mejor desde el principio! ¡Ya verás...! ¡Tiéndete en la cama boca abajo...! ¡Tiéndete!

El negro vaciló, pero sólo un instante. Decidió que era mejor seguirle la corriente a la mujer, que ella hiciese lo que quería hacer, y luego seguir con lo suyo... De modo que se tendió en el centro de la cama, boca abajo, ladeado el rostro para mirar a Alice.

—Ya verás cómo no podrás arrepentirte —murmuró ella.

Se colocó a horcajadas sobre su espalda, deslizó los pies hacia las ingles del negro, dejó caer el peso del torso sobre la sudorosa espalda, y pasó el brazo derecho por la garganta de Alí, de modo que la mano apareció frente a la clavícula izquierda de éste. Con su mano izquierda, Alice asió la derecha, y entonces, atrajo este brazo, clavándole bruscamente en la garganta del negro. Éste estuvo un instante inmóvil, paralizado por la sorpresa, pero enseguida, comprendió: la hermosa muchacha rubia quería estrangularlo.

La reacción de Alí fue vigorosa, terrible, suficiente para deshacer cualquier presa... que no estuviera tan bien hecha como aquella *hadaka jime* de judo. En cuanto él se movió, los pies de Alice pasaron más hacia su bajo vientre, y se cruzaron cerrando la presa sobre los genitales del marroquí, mientras el brazo de Alice apretaba más y más en la garganta masculina, de la que brotó un sordo gruñido.

Alí volvió a agitarse, intentando lanzar golpes hacia la mujer que cabalgaba sobre su espalda; girando los brazos consiguió alcanzarla con algunos golpes en los muslos y en las caderas, pero era como golpear a una piedra: los brazos de la rubia seguían apretando, apretando, apretando...

—¡AAOGGG...!

Alice apretó más, si esto era posible. Su frente se perló de fino sudor enseguida... Alí giró de nuevo, y ambos cayeron desde la cama al suelo. Pero todo era inútil: Alice seguía aferrada al cuerpo del negro como una garrapata a la piel de un perro; sólo la muerte la arrancaría de allí.

Y no era ella precisamente quien estaba amenazada de muerte en aquel momento. Mientras seguía apretando más y más, Alí

intentó ponerse en pie. Tendido boca abajo, apoyó las manos en el suelo, pero no pudo flexionar las piernas para iniciar la incorporación, porque las de Alice se lo impedían, tensándose de modo que no le permitía mover las suyas.

Los esfuerzos de Alí fueron debilitándose rápidamente. En su espalda, tensos los finos músculos de los bracitos de apariencia inofensiva, Alice seguía apretando, tirando hacia ella, resbalando sus pechos en el sudor de la espalda del negro, que estaba emitiendo un ronco sonido que acompañaba la salida de abundante saliva burbujeante. Lentamente, los ojos de Alí fueron girando, como si a pesar de estar tendido boca abajo en el suelo, quisiera mirar al techo: se fueron alzando, alzando, alzando, hasta que desaparecieron tras el párpado superior mientras se proyectaban hacia afuera. Dejó de gruñir, de moverse, de sacar saliva por la boca...

Alice dejó caer su cabeza junto a la de Alí, jadeando, resbaladizo el sudor de su cuerpo tanto como el del marroquí. Contuvo la respiración en un momento dado y escuchó.

Nada, no se oía absolutamente nada fuera de aquel cuarto... ni dentro de éste. Alí había dejado de respirar. Prestó atención al contacto de su pecho con la espalda de Alí, intentando localizar algún latido de su corazón, pero los de ella misma eran tan fuertes que no pudo conseguir esto.

Poco a poco, soltó la garganta en la que había efectuado la implacable estrangulación; se apartó de Alí y se sentó a su lado eh el suelo. Se quedó mirando los desorbitados ojos de Alí, que parecían no tener pupilas. Estuvo así unos segundos, recuperando el ritmo respiratorio. Luego, se arrodilló y le dio la vuelta al negro. Estaba muerto, desde luego.

Alice se puso en pie, tomó la ropa de la cama y se secó el fino sudor que hacía brillar su espléndido cuerpo. Dentro de éste sentía todavía los latidos del corazón como cañonazos ahogados. Cuando terminó de secarse, fue al armario y lo abrió. No, su portafolios no estaba allí, lo que significaba que no disponía de arma alguna. ¿Dónde lo tenían?

Se acercó a la cama y se sentó en el borde; su corazón iba recuperando rápidamente la pulsación normal. Desvió la mirada hacia los pantalones tejanos del negro y acto seguido se apoderó de

ellos... Pero no había arma alguna en sus bolsillos, lo supo enseguida por el peso. Sin embargo, al palparlos, notó algo duro. Metió la mano en aquel bolsillo y sacó una navaja de cachas de madera, barata, de hoja casi oxidada. La vendían a cinco o seis francos o dirhams en todos los tenderetes de quincallería de cualquier zoco. No era gran cosa, desde luego, pero decidió quedársela. Además, no tuvo la menor dificultad en abrirla.

¿Y ahora?

Los concursantes del Premio Koble se habían quedado abajo, en el salón, jugando a los naipes, bebiendo, fumando. Dos de los hombres de Koble estaban con ellos. Y los demás, incluido Koble, no era probable que se hubieran acostado.

Tenía que esperar. No podía hacer otra cosa... ¿Y si Koble se daba una vuelta en la habitación para ver cómo iban las cosas entre ella y Alí...?

Casi respingó al pensar esto. Dejó la navaja a un lado, asió a Alí por las axilas y lo alzó. No fue nada fácil, pero lo subió a la cama. Lo colocó en ésta, en el centro, evitando mirar sus ojos, que parecían globos blancos. Luego fue a apagar la luz, y finalmente se tendió en la cama junto al negro, y quedó inmóvil, notando cómo la carne del marroquí se iba enfriando, enfriando...

El tiempo fue pasando. Solamente oía los latidos de su corazón. Por la ventana se veía el resplandor plateado de la luna. Por fin, comenzó a oír voces lejanas, que se fueron acercando. Ruidos de pies, el rumor de conversación, puertas que se cerraban...

La puerta de la habitación se abrió de pronto y la luz se encendió.

Alice giró de costado, abrazándose a Alí, cuya frialdad era estremecedora, y volvió la cabeza hacia la puerta, con gesto airado. Allí estaba Koble, en efecto, sonriente su boca, invisibles sus ojos tras los oscuros cristales de los lentes.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

—¡Fuera de aquí! —gritó Alice.

—Sólo quería saber cómo van las cosas por aquí...

—Lo tengo muerto de gusto —aseguró Alice—. ¡Pero no quiero que le pregunte nada hasta mañana!

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos Koble—. ¡Que te diviertas, Alí!

Apagó la luz y cerró la puerta. Durante unos segundos, Alice no se movió, permaneció abrazada al frío cadáver del marroquí, incrédula en su alivio. Si a Koble se le hubiera ocurrido tan sólo acercarse para verla mejor y conversar con Alí, las cosas se habrían complicado demasiado... Pero, por fortuna, no había sido así, y maravillada de su suerte, Alice permaneció inmóvil hasta que oyó otras voces acercándose a la puerta.

Saltó de la cama y se acercó a la puerta. Distinguió la voz del ruso Yashin y del alemán Womberg.

Entonces abrió la puerta y se asomó al amplio pasillo.

—¡Pst, pst! —llamó.

CAPÍTULO VII

Womberg y Yashin quedaron paralizados por la sorpresa en el pasillo, cuya iluminación, procedente de un doble aplique en la pared, era más que suficiente para que vieses a Alice completamente desnuda haciéndoles señas. El ruso abrió la boca, pero Alice se llevó un dedito a los labios y con la otra mano insistió en sus señas de llamada. Los dos hombres se acercaron. Alice retrocedió y cerró la puerta cuando ambos hubieron entrado en el dormitorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yashin—. ¿Necesita algún pequeño favor?

—Para eso ya tenía a Alí —replicó secamente Alice.

—¿Qué quieres decir? —se interesó el alemán.

—Convinimos con Koble que Alí se pasaría toda la noche jugando conmigo, para ver qué tal lo hacía yo; si les gustaba, me iban a dar un trabajo especial con un viejo negro, del que querían obtener fotografías comprometedoras para retirarlo de la circulación... Me ofrecieron cincuenta mil dólares, de modo que comprendí que lo que me esperaba en todo caso era la muerte. De modo que cuando Alí se vino aquí conmigo lo complací mucho y tan bien que conseguí que me dijera la verdad.

Los dos hombres veían en un tono claro de luna la figura desnuda de Alice, que por supuesto no había encendido la luz de su dormitorio.

—¿Qué verdad? —murmuró Womberg.

—Nos quieren eliminar a todos. A mí me habrían matado después de utilizarme. Y a vosotros os hubieran eliminado quizá esta misma noche, como ya han hecho con los demás, con los otros.

—¿Qué otros? —preguntó Yashin.

—No sois los únicos que habéis venido aquí... Antes, vinieron muchos otros, que fueron eliminados a medida que iban entregando sus planes bélicos. Lo que Koble quiere son muchos planes bélicos, no uno solo... ¡Y olvidad lo del millón de dólares! Todo lo que os darán, a cambio de vuestros planes, será una cuchillada en el corazón o un balazo en la nuca. ¡Todo el patio está lleno de hombres como vosotros, enterrados de cualquier manera!

—¿Estás segura de lo que dices? —jadeó el ruso.

—De lo del patio, no, pero sí de la idea base. Puede que los que vinieron antes que vosotros los hayan enterrado en otro lugar, pero lo que es seguro es que están muertos. Todos los hombres que llegaron aquí con planes, fueron recibidos, obsequiados al principio, y luego exterminados, ya fuese individualmente o en grupo, ya fuese antes de llegar vosotros o después, cuando dijeron marcharse... ¡Os estoy diciendo la verdad, quieren matarnos a todos! ¡Lo único que Koble quiere, son muchos planes bélicos!

—¿Pero para qué...? —murmuró Womberg.

—No lo sé. ¿Qué importa eso? ¡Tenemos que salir de aquí todos! ¿Tenéis armas?

—Ni un cortaplumas —masculló Rudolf Yashin.

—Yo aún no estoy convencido —movió la cabeza Womberg—. No tengo por qué creer lo que dice sobre Koble...

—¿No? Bueno, él empieza su engaño apareciendo como negro, que no lo es.

—¿Qué?

—¡Que no es negro, sino blanco! Su voz, su tono, sus modales, su facilidad para hablar... Es británico, o algo parecido. Lleva teñida la piel, eso es todo. Me di cuenta al mirar sus manos y observar otros detalles que...

—¿Estás segura de lo que dices? —exclamó Yashin.

—Me apuesto la vida.

—¡La puta que lo parió...! —exclamó Womberg—. ¡Vamos a...!

—Calma. Si no disponemos de armas, tenemos que hacer las cosas con cautela... ¿Sois los últimos en acostaros?

—Sí; ya no queda nadie abajo.

—Estupendo. Tenemos que avisar a los demás y atrapar a Koble. Si conseguimos eso, sus hombres se rendirán, y podremos escapar de aquí con vida. ¿Todos dormís en este piso?

—En el mismo piso, sí —asintió Yashin—. Pero Koble y los suyos duermen en otra ala de la casa, al otro lado de aquel patio...

—Mejor que mejor... Aunque ya creo saber por qué lo hacen: seguramente, por la noche vienen todos a este ala y acribillan a los que están durmiendo, o los matan con gas en grupo. Y estoy segura de que esta noche querían mataros a todos, porque Koble tiene planeado marcharse mañana temprano; ya no os necesita, ni necesita más planes, tiene suficientes. ¡Me gustaría saber a cuántos hombres como vosotros han asesinado en esta casa! Bien, ¿qué decís? ¡No podemos perder tiempo!

—¿Y el negro? —masculló Womberg—. Si él...

—Está muerto: lo he estrangulado.

Los dos hombres quedaron silenciosos. Acostumbradas ya sus pupilas a la luz lunar, veían muy bien no sólo el espléndido cuerpo desnudo de la sorprendente Alice, sino el brillo de sus ojos, su bello rostro tenso...

—¿Quién eres tú? —susurró por fin Yashin.

—¿Te dice algo escucharme hablar en nuestro idioma, camarada Yashin? —preguntó Alice, en perfecto ruso.

Los dos hombres lanzaron una ahogada exclamación y quedaron sin saber qué hacer ni qué decir. Alice fue adonde habían caído sus ropas y se vistió rápidamente. Luego, fue a colocarse junto a la puerta y puso una mano en el pomo.

—Avisad a los demás —murmuró—. Dentro de quince minutos nos reuniremos aquí, en mi cuarto, y estudiaremos el modo de llegar hasta Koble. ¿Estáis de acuerdo?

Abrió la puerta. Los dos hombres titubearon todavía unos segundos, hasta que Yashin dio el primer paso hacia la puerta. Alice abrió, los dos hombres salieron, y ella volvió a cerrar. Fue a recoger la navaja, que había dejado bajo la almohada, y regresó junto a la puerta, que abrió un par de centímetros. Durante dos o tres minutos no oyó nada. Luego percibió unos pasos y segundos después el leve ruido de una puerta al cerrarse.

Abrió la de su cuarto completamente, salió al pasillo y cerró. Sin vacilar se dirigió escaleras abajo, mirando con atención al amplio vestíbulo. Llegó allí sin contratiempo alguno y poco después aparecía en el patio de las palmeras y granados. Hacía una hermosa luna...

¿Dónde tenían a Elvis?

Cruzó el patio velozmente, procurando deslizarse por zonas que no pudieran ser vistas desde las ventanas interiores del otro lado. Llegó bajo los amplios arcos de finas columnas. Frente a ella los azulejos de las paredes relucían con destellos que le parecieron siniestros. Distinguió la mancha opaca de una sólida puerta de madera y se acercó a ella. Probó a abrirla y lo consiguió con toda facilidad. Al empujar la puerta, los goznes chirriaron fuertemente... Ya no empujó más. Se apartó de allí y siguió por el pasillo bajo los arcos hasta llegar a otra puerta, con la que procedió del mismo modo. También esta puerta se abrió fácilmente, y, además, sin chirrido alguno; una estrecha raya vertical de luz pareció dividir en dos el rostro de Alice, que se tensó al instante cuando oyó la voz de Almeida:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes?

Alice empujó la puerta con la mano izquierda, abriéndola completamente, de modo que un raudal de luz salió del cuarto y se extendió por el patio. De un vistazo abarcó toda la situación. Almeida estaba en pie junto al armario, en mangas de camisa, sobre la cual se veían los atalajes de la funda axilar; en una mano sostenía una gruesa chaqueta que, evidentemente, iba a ponerse. A un lado del armario había una cama vacía; al otro lado, una cama idéntica, en la que yacía Elvis, atado con gruesas cuerdas por los brazos, las piernas y la cintura.

El asombro de Almeida fue tan grande que no tuvo la menor oportunidad de reaccionar a tiempo. Cuando comenzó a mover la mano derecha hacia la pistola que portaba en el sobaco, Alice ya había lanzado la navaja, con toda su fuerza. La oxidada arma silbó el aire, y fue a hundirse con blando y escalofriante chasquido en plena garganta de Almeida, que terminaba de volverse. El impacto le empujó contra el armario, rebotó allí y cayó de bruces, olvidándose de la pistola y llevando ambas manos a la sucia empuñadura de madera de la navaja... que se hundió más cuando el portugués cayó de bruces al suelo. Sus piernas brincaron fuertemente un instante, y eso fue todo.

Alice corrió hacia él, retiró la navaja de su garganta tras darle la vuelta y la limpió en la camisa de Almeida. Luego comenzó a cortar las cuerdas que sujetaban los brazos de Elvis, que la miraba en

silencio, hasta que musitó:

—¿Estás bien?

—¡Vaya pregunta! —Intentó sonreír Alice—. ¡Te la tendría que haber hecho yo a ti!

—Sabes de sobra que unos cuantos golpes no significan nada para mí —gruñó él—. Dame eso y echa un vistazo fuera. Creo que se están preparando todos para marcharse... después de matarnos...

Alice dejó la navaja en manos de Elvis, que continuó cortando las cuerdas, mientras ella se apoderaba de la pistola de Almeida y corría hacia la puerta. No la cerró; sé limitó a apagar la luz.

—¿Cómo están tus manos? —preguntó.

—Está bien —aseguró Elvis—. Creí que vendrías más avanzada la noche.

—Tuve que precipitar las cosas, porque Alí había recibido orden de «probarme» antes de encargarme un trabajito su amo y señor.

—¿Y qué ha pasado?

—Ese pobre negro sólo tuvo tiempo de quedarse en puertas —rió quedamente Alice—. Luego, lo estrangulé.

—Pues ha tenido suerte: eso no es nada comparado con lo que voy a hacerle yo a Koble en cuanto le ponga la mano encima. ¡Se va a comer sus cuernecitos! ¿Qué crees que significan? ¿El distintivo de alguna tribu, secta o...?

—No significan nada, esos cuernecitos de su curioso gorrito. Es sólo un engaño, ya que Koble no es negro, sino blanco. Tú no pudiste darte cuenta, porque en aquella habitación estábamos casi a oscuras, pero yo sí me di cuenta cuando fuimos a una sala preciosa a tomar champaña y charlar.

—Vaya —murmuró Elvis—. ¿Y cuál fue el tema de la charla?

—Pues él pretendía...

Cuando Alice terminó la concisa pero completa explicación, Elvis ya estaba a su lado, mirando hacia el patio. No se veía nada, no se oía nada.

—Al menos, tenemos ya una pistola —asintió Elvis—. Quédate tú con ella. Yo me las arreglaré con la navaja...

Naturalmente, hablaban en susurros, de modo que pudieron oír la voz que, sorprendiéndoles, llegó hasta ellos de alguna parte por encima de sus cabezas.

—¡Almeida!

La sorpresa duró poco en Elvis y Alice. Los dos comprendieron enseguida que alguien, asomado a la galería de arriba, llamaba al portugués. Elvis se adelantó, llegó al borde del pasillo inferior y preguntó, ya casi en el palio:

—¿Qué?

—¿Qué esperas? ¡Vamos, liquida ya a ése y sube! ¡Tenemos que terminar con los otros de aquí arriba!

—Ya voy —aseguró Elvis, dando a su voz un tono asombrosamente parecido al de Almeida.

—¡Date prisa! —insistió la voz de Truslow.

Elvis quedó inmóvil. Alice se reunió con él, señaló al otro lado del patio y susurró:

—Tenemos que cruzarlo, porque si subimos por donde lo habría hecho el portugués, nos encontraremos con todos los hombres de Koble.

Alice calló bruscamente, y todo su cuerpo se tensó. Ladeó la cabeza, y Elvis, que la miró enseguida, frunció el ceño... Un par de segundos más tarde, susurró:

—Un helicóptero. Vienen para recoger a Koble y...

—No, mi amor. Yo lo habría oído antes... Ese helicóptero estaba muy cerca de aquí y acaba de ser puesto en marcha. Es como si alguien lo hubiese puesto en marcha ahora mismo y...

—¡Corre! —exclamó Elvis—. ¡Corre, Alice!

En un instante ella comprendió y lanzó una exclamación. Elvis la había tomado de una mano y los dos corrieron cruzando el patio interior sin precaución alguna, buscando solamente la máxima velocidad, el camino más corto para cruzar el patio y llegar a la puerta de la casa...

—¡Eh! —Sonó el grito de Truslow, en la galería alta—. ¿Qué demonios...?

Elvis soltó la mano de Alice, se volvió, apuntó un instante y disparó. El trallazo del disparo resonó como un auténtico cañonazo, ahogando por un instante el sonido del helicóptero... Arriba, Truslow lanzó un bramido, algo reluciente escapó de su mano, y un instante más tarde, su cuerpo aparecía, cayendo dando vueltas hacia el patio.

En alguna parte se oyeron gritos. Elvis corría de nuevo junto a Alice, ambos a toda velocidad, de modo que aparecieron en menos

de tres segundos en el vestíbulo de la casa. Elvis asió la manilla de la puerta, intentó bajarla al mismo tiempo que tiraba de ella, pero la puerta permaneció inmóvil, como una roca.

—Apártate —jadeó, arrebatando la pistola de la mano de Alice.

—¡Yashin! —gritó ésta mirando hacia la escalera—. ¡Yashin, bajen todos, salgan ahora mismo de la casa! ¡SALGAN TODOS INMEDIATAMENTE!

Algunas de sus palabras fueron ahogadas por los estampidos de los disparos que Elvis estaba efectuando contra la cerradura de la puerta, que saltó, retorcida, quedando colgando. Elvis dio un par de tirones, consiguió abrir la puerta y sé volvió hacia Alice.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

—¡Yashin! ¡Womberg! ¡Salgan todos, salgan ahora, inme...!

Sus palabras se perdieron fuera de la casa, porque Elvis la había agarrado por un brazo y tiraba de ella, corriendo, gritando algo que Alice no pudo entender, porque por encima de ellos, bastante alto, el helicóptero rugía y su figura lanzaba destellos a todos lados. Arrollando arbustos y pisando excrementos de cabras, Elvis y Alice corrían hacia el arco de la entrada, al que llegaron lanzados a toda velocidad. Salieron del recinto ajardinado y justo en aquel momento, la tremenda explosión lo conmovió todo, hizo temblar el suelo bajo sus pies y, por detrás de ellos, llegó un rojo resplandor que iluminó sus espaldas un instante antes de que ambos se arrojasen al suelo.

Por encima de ellos pasaron como proyectiles pedazos de piedras, arbustos, madera, dátiles... Hubo otra explosión parecida cuando aún duraba el rojo resplandor de la primera, y todo se repitió; una piedra del tamaño de un coco cayó en la espalda de Elvis, y un trozo de madera rebotó en el suelo, a menos de un palmo de la cabeza de Alice, que se la protegía con las manos.

Cuando Elvis y Alice comprendieron que ya no habría más explosiones, se sentaron en el suelo y se volvieron para mirar hacia la casa, iluminada por las llamas del incendio provocado por las explosiones. Aunque no quedaba ya gran cosa que ver de la casa: prácticamente era un montón de ruinas humeantes, de las que apenas si destacaban un par de paredes.

—Lo tenía preparado —jadeó Alice—. ¡Desde el principio tenía preparado esto, tanto si las cosas salían bien como por si tenía

contratiempos...! Y en ningún momento pensó en utilizarme, se ha divertido conmigo pensando que iba a morir mientras Alí me...

—Vámonos —dijo Elvis, poniéndose en pie, y tendiendo su mano a Alice—. Dentro de unos minutos esto estará lleno de gente...

—Los ha matado a todos...

—Eran sólo mercenarios, gente que vivía de la muerte de otras personas —gruñó Elvis—. ¿O no?

—Sí, tienes razón, pero...

—Será mejor que nos marchemos de aquí... como ha hecho Koble.

Alice miró al cielo.

Efectivamente, el helicóptero había desaparecido. Ya ni siquiera se escuchaba el rumor.

* * *

Exactamente cincuenta y seis horas más tarde, un helicóptero que había aparecido lanzando brillantes destellos bajo el resplandeciente sol, procedente del Sur, tomaba tierra en cierto lugar de la provincia española de Málaga, muy cerca de la localidad turística de Marbella, en la famosa Costa del Sol.

Muy cerca de donde había aterrizado el helicóptero, tres hombres esperaban dentro de un coche en silencio. Cuando la hermosa rubia y el sujeto de bronceado rostro saltaron a tierra desde el helicóptero, uno de ellos señaló hacia allí y dijo:

—Ben, ve a ocuparte del helicóptero.

—Okay.

El llamado Ben salió del coche y se dirigió hacia el helicóptero, cruzándose en el camino con Elvis y Alice; esta última le sonrió, mientras le hacía un cariñoso gesto con una mano. Ben llegó todavía sonriendo al helicóptero, subió, y segundos después despegaba, alejándose de allí.

Para entonces, Elvis y Alice habían entrado ya en la parte posterior del coche y los dos hombres que habían quedado en el asiento delantero de éste estaban vueltos hacia ellos, mirándolos.

—Si lo desean —dijo uno amablemente—, podemos darles un paseo en coche por delante mismo del yate «Buena Esperanza».

—De acuerdo —asintió Alice—. ¿Ha habido alguna dificultad, algo extraño...?

—Nada en absoluto. Todo parece indicar que la gente de ese yate se dedica a pasarlo bien, sin complicaciones. ¿Seguro que son esas personas las que ustedes buscan?

—Esperemos que sí. Vamos para allá. Antes que nada echaremos un vistazo a ese yate de tan bonito nombre... ¿Hay mujeres a bordo?

—No.

—¿Cómo que no? —Gruñó Elvis—. Tiene que haber una, por lo menos.

—Nosotros no hemos detectado una sola mujer. Claro que el yate lo localizamos ayer a media tarde, de modo que apenas hemos dispuesto de quince horas para vigilarlo, la mitad de ellas de noche. Si hay una mujer, no se ha dejado ver por cubierta en ningún momento.

—¿Conoce ya los nombres de sus ocupantes? —preguntó Alice.

—Estaños en ello, pero no es fácil averiguarlo si tenemos que ser tan discretísimos. Requiere más tiempo que por los medios habituales. Pero les aseguro que todo el personal disponible de la Www por estos lugares está trabajando en ello. Lo que sí podemos decirles es que, como su nombre ya sugiere, el yate «Buena Esperanza» lleva pabellón sudafricano.

—¿Cuántos hombres hay a bordo? —preguntó Elvis.

—Hemos contado tres tripulantes y dos empleados... que suponemos camarero y cocinero. Aparte, hemos contado hasta cinco hombres que, desde luego, no realizan labor alguna a bordo, es decir, que son los que disfrutan del viaje.

—¿Alguno de ellos es alto y grueso?

—Mmm... Hay dos así, en efecto.

—Pero ninguno de ellos es negro.

—¿Negro? No hemos visto a ningún negro en ese yate.

—¿Visitas?

—No... No, señor, ninguna. Ni mujeres, ni hombres... Nada... Esa gente vive ahí, eso es todo, y no parece desear relacionarse con nadie. Ni siquiera han bajado a tierra desde que los vigilamos.

—En algún momento tendrán que bajar —murmuró Alice—. Bien, vamos a ver cómo está el asunto y tomaremos una decisión.

Una vez tomada la decisión, actuaremos en consecuencia.

—Podemos disponer de más de...

—No —movió la cabeza Elvis—. Lo que sea que decidamos hacer, lo haremos Alice y yo. Y no hay más que hablar.

CAPÍTULO VIII

En el amplio y confortable salón del magnífico yate llamado «Buena Esperanza» había cinco hombres, mucho humo y, sobre una gran mesa desplegada, gran cantidad de papeles de varias formas y clases, desde los simples folios hasta buen pergamino para dibujo. Dibujos que, en todos los casos, eran mapas o reflejaban signos de terminología logística militar. En cuanto a los folios, la mayoría estaban escritos a máquina, aunque no faltaban los escritos a mano. Y los había en varios idiomas, si bien destacaba en número los escritos en inglés, en primer lugar, seguidos de los escritos en francés.

A un lado de la mesa había un montón de carpetas y, precisamente, sobre ellas se centraba la última parte de la conversación, que había durado más de dos días, con pequeños descansos destinados a comer, dormir unas pocas horas y tomar el sol aún menos horas. La fatiga era visible en los cinco hombres.

Todos tenían, empero, un agradable y próspero aspecto. Gente de calidad, cuando menos, de calidad de vida, ya que su calidad moral dejaba mucho, muchísimo que desear. Ninguno de ellos tenía menos de cincuenta años y en cada detalle de su persona se evidenciaba una vida confortable, acomodada. Lo que no podía extrañar considerando la fabulosa cantidad que debía haber costado el yate...

—Insisto —decía uno de ellos, alto, grueso— que es una imprudencia viajar con todo este material a bordo. El camino hasta Ciudad de El Cabo es largo. Pueden ocurrir muchas cosas.

—No puede ocurrir nada, si tal como has dicho dejaste perfectamente solucionado lo de Marrakech, Smithson —replicó otro de los hombres.

—Lo dejé todo solucionado a satisfacción, ya os lo he dicho varias veces: no quedo viva ni una cabra en aquella casa. La policía, o los bomberos marroquíes, deben estar todavía sacando cadáveres de los escombros. ¡Y os aseguro que tienen para tiempo!

—Treinta cadáveres son muchos —murmuró otro.

—¿Qué te pasa, Maalder? —Lo miró Smithson—. ¿Te remuerde la conciencia?

—Bueno... No sé. Pero treinta muertos son muchos muertos, Dan.

—Lo son —asintió Dan Smithson—. Pero así se convino desde el principio, ¿no es cierto? Ir eliminando por grupos a los hombres que nos fuesen trayendo planes bélicos. Tenemos veintitrés y podríamos haber tenido más si no fuese porque, finalmente, las cosas se complicaron, tal como también se había previsto. Algunos de aquellos sujetos no me gustaron nada, pero las cosas fueron saliendo bien. Sin embargo, cuando llegó el tal Elvis, comprendí que las cosas podían cambiar, y decidí que ya estaba bien... No tenía por qué arriesgarme más tiempo en aquel lugar. De modo que mientras mis hombres se preparaban para liquidar a los invitados, yo fui al cobertizo de las cabras, saqué el helicóptero y me largué...

—Dejando en marcha el sistema de tiempo que haría explotar las cargas colocadas desde el principio en la casa —murmuró Maalder.

—Naturalmente. Tenían que morir *todos*. Así se convino... y no discutiríais tanto ese punto si quien hubiese estado haciendo aquella parte del trabajo hubieses sido tú. Y en definitiva, se convino expresamente que todos aquellos que hubiesen intervenido de un modo u otro en el asunto, debían de ser eliminados. Sólo queríamos los planes bélicos... Y aquí los tenemos. Los hay buenos, regulares y malos, pero todos servirán. Y voy a insistir: es una imprudencia regresar con todo este material a bordo.

—Supongo que no querrás enviarlo por correo...

—No. Podemos hacer algo mucho mejor, más seguro: vamos a fotografiar todos los planes. Las películas ocuparán tan poco espacio que podremos esconderlas en cualquier parte del yate. Y una vez en El Cabo, las revelamos y ya está.

—Es una buena idea —apoyó otro de los presentes—. Podemos fotografiarlo todo, quemar los papeles y así todo quedará muy

reducido.

—Existe el problema de las fotografías —intervino otro—. Tenemos algunas cámaras a bordo, pero no me parecen demasiado seguras para una cosa así. Sería una idiotez tomar fotografías, quemar los planes... y que luego las fotografías no saliesen bien.

—¡Vaya problema! —bufó Smithson—. No estamos en el desierto ¿verdad? Podemos bajar a tierra y comprar todo el equipo necesario no sólo para obtener buenas fotografías, sino para revelarlas. Una vez seguros de que los negativos han salido correctos, quemamos todo lo demás, y asunto concluido. Y todavía más concluido cuando, ya en alta mar, arrojemos por la borda todo el equipo y las cenizas de las pruebas fotográficas y los planes.

Hubo un segundo de silencio, hasta que uno de los que escuchaban a Dan Smithson alzó una mano.

—De acuerdo —aceptó.

Los demás se mostraron también inmediatamente de acuerdo.

Smithson asintió, fue a su camarote, se puso una impecable y elegante chaqueta blanca de marino y regresó al salón. Señaló el montón de papeles y planos.

—Ponedlo todo en orden, cada plan en su carpeta, para que no nos hagamos ningún lío. Yo voy a comprar todo lo necesario.

—¿Ya sabes lo suficiente de todo eso?

—Si no fuese así —gruñó Smithson— no habría tenido la ocurrencia de proponer esta solución. Bueno, espero que en Marbella haya todo el material, pues de lo contrario, tendríamos que ir a Málaga a buscarlo. Hasta luego. Y no os preocupéis si tardo un poco...

* * *

Con los prismáticos ante los ojos, Alice murmuró de pronto:

—Elvis...

Éste dejó de mirar hacia el cielo azul, que parecía más azul que nunca al ir acercándose la tarde, y miró directamente hacia el yate «Buena Esperanza», que ambos, dentro del coche, iban vigilando por turnos. A simple vista vio al sujeto alto y grueso descendiendo por la pasarela, muy elegante con su pantalón azul oscuro y su blanca chaqueta.

—¿Es él? —preguntó.

Alice le tendió los prismáticos, y Elvis los enfocó hacia el hombre, que ya estaba en tierra firme. Estuvo unos segundos mirándolo en silencio, antes de murmurar:

—¿Tú qué opinas?

—No es fácil... Llevaba aquel gorrito cornudo, los lentes, se había teñido de negro la piel... Pero yo diría que es él...

—Sí, puede serlo, desde luego... No ha bajado nadie con él, va sólo a alguna parte. Muy bien.

Elvis devolvió los prismáticos a Alice y puso el coche en marcha.

* * *

Eran cerca de las siete de la tarde, ya casi de noche, cuando Dan Smithson salió de la tienda de artículos fotográficos; cargado con dos, voluminosos paquetes que contenían su compra, el encargado de la tienda, no poco satisfecho, le acompañaba dispuesto a conseguirle un taxi.

Pero no iba a hacer falta ningún taxi, porque en el momento en que ambos salían de la tienda, un coche se detuvo delante de ellos, en doble fila, y una preciosa muchacha rubia se acercó rápidamente a ellos, sonriendo, y exclamando en inglés:

—¡Querido amigo...! ¡Qué sorpresa!

Dan Smithson no había visto a la muchacha rubia hasta el momento en que sonó la voz de ésta. Y cuando la miró, con sobresaltada sorpresa, su rostro quedó blanco como la leche y sus pies parecieron soldarse al suelo. La mirada de Smithson, tras girar como en busca de algo maravilloso, salvador, descendió hacia la revista que la rubia sostenía de modo en verdad extraño en la mano derecha, que quedaba completamente oculta.

—¿Qué te pasa? —se sorprendió la rubia—. ¿No te alegras de verme? ¡Vamos, no lo tomes así, no seas rencoroso! Escucha, Elvis está en el coche y está mal estacionado... ¿Todo esto es tuyo? Pues te acompañaremos con el coche y charlaremos. Supongo que te acuerdas de Elvis...

Smithson no conseguía reaccionar. Todo lo que consiguió hacer fue mirar hacia el coche señalado por la rubia. Allí, junto a la ventanilla derecha, vio a Elvis, con la mano izquierda colocada

como al descuido bajo la axila izquierda y mirándolo fijamente.

—Pero, hombre —rió la rubia—, ¡reacciona! ¡Ni que estuvieras viendo fantasmas! Anda, vamos al coche —se dirigió en español al encargado de la tienda—. ¿Será tan amable de colocar esos paquetes en el asiento de atrás, por favor?

El hombre miró a Smithson, cuya palidez era cadavérica. Pero Smithson ya podía reaccionar, al menos para hacer un movimiento afirmativo de cabeza cuando el hombre le miró. Éste fue al coche, dejó los paquetes en el asiento de atrás y pasó junto a Smithson y la rubia, la cual le sonrió encantadoramente.

—Muchas gracias, señor. ¿Vamos, querido?

Smithson se pasó la lengua por los labios, miró de nuevo la revista que ocultaba la mano derecha de la rubia y comenzó a caminar hacia el coche. Elvis se desplazó hasta ocupar el asiento del volante y se volvió hacia el asiento de atrás. Smithson entró, tras él lo hizo la rubia y ésta señaló con un dedito de la mano izquierda hacia delante.

—Vamos, mi amor. Y no te preocupes: sólo con que mueva una pestaña, lo acribillo. ¿Me ha entendido, Koble?

El coche arrancó. Koble tragó saliva y tartamudeó:

—No... no sé quiénes son ustedes ni... ni qué...

—¡Vamos! ¡Está muy feo tartamudear, señor Koble! De modo que hablemos con educación. Vamos a ver: todo este material fotográfico... ¿es para fotografiar los planes bélicos, quizá reducirlos a microfilmes y luego tirar los planes originales al mar?

—No sé de qué me habla usted...

—Voy a parar —dijo fríamente Elvis—, y cambiaremos de sitio tú y yo, mi amor...

—No, no. Yo creo que no hará falta. Le voy a decir al señor Koble una cosa que le hará comprender que no estamos... bromeando. Escuche esto, Koble: si no se porta razonable e incluso inteligentemente, Elvis le arrancará los testículos y el pene, se lo meterá todo en la boca y lo colgará de una farola de la Plaza España... ¿Le suena este tipo de amenaza, señor Koble?

—Sí... Sí...

—Eso está mejor. Dígame, ¿qué pasó con Thérèse?

—¿Thérèse?

—La amiguita de usted en Casablanca, la chica del Café Moliere.

—Ah, sí... Bueno, no sé... lo que ha podido pasar con ella...

—¿No? ¡Qué extraño...! Verá usted, señor Koble: cuando Elvis partió de Casablanca, o de Casa, como la llaman los marroquíes, hacia Marrakech, naturalmente llamó a un amigo nuestro y le encargó que continuase vigilando el Café Moliere, tras hablarle de lo que se hablaba allí dentro de una tal Thérèse y describírsela. De modo que nuestro buen amigo, que por cierto se llama Sidi, dejó de atender a sus tres sobrinas y se puso a vigilar el Café Molière, noche y día. Y fue a la mañana siguiente a la explosión en cierta casa de Marrakech cuando Sidi vio salir del Café Molière a una mujer que, según la descripción de Elvis, sólo podía ser Thérèse. De modo que la siguió. ¿Sabe usted dónde fue Thérèse?

—No... no...

—Sí, hombre. Thérèse se fue en coche a Rabat. Y Sidi se fue tras ella, en su viejo «Peugeot». Por suerte, no hay mucha distancia entre Casa y Rabat. Bueno, ¿para qué alargarlo tanto? Thérèse fue recogida en Rabat, en una plaza, y llevada en taxi al puerto. Allí, un hombre alto y grueso se apeó del taxi junto a Thérèse, y minutos después los dos abordaban un hermoso yate que llevaba el nombre de «Buena Esperanza». Lamentablemente, el yate zarpó enseguida, y Sidi no pudo seguirlo por mar, naturalmente. Sin embargo, en cuanto Elvis y yo llegamos a Casablanca y comprobamos que Sidi no estaba en la ciudad, comprendimos que el buen Sidi estaba trabajando. Y así era. Sidi llegó aquella tarde, de regreso de Rabat, y nos dijo lo de Thérèse y el yate «Buena Esperanza». Inmediatamente, nosotros comenzamos a movilizar nuestros recursos, y, tal como esperábamos, rápidamente nos localizaron el yate. ¿Comprende, señor Koble?

—Sí.

—Magnífico. Pero Thérèse no está a bordo, ¿verdad?

—No.

—¿Dónde está?

—Tuvo un accidente... y cayó al mar cuando... cuando veníamos hacia España.

—Entiendo —la voz de Alice pareció congelarse—. Eso quiere decir, en términos corrientes, que fue asesinada y arrojada al mar. Eliminada como los demás, como los de la casa de Marrakech... de la cual, según las noticias que estamos recibiendo, están retirando

más cadáveres de los que cabía esperar. ¿Cuántos en total, señor Koble? ¿Cuántos planes consiguieron?

—Veintitrés.

—¡Dios...! ¿Quiere decir que han asesinado a veintitrés hombres... y que los ha estado enterrando en aquella casa, en el patio o en el jardín?

—Eso lo hacían Truslow, Almeida y los otros...

—Pero usted daba las órdenes, ¿no?

Dan Smithson se pasó la lengua por los labios y no contestó. Ya se habían encendido las luces eléctricas en Marbella y todo comenzaba a tomar diferente aspecto, menos ardiente, más sofisticado. No quedaba ni rastro de sol.

Alice, que contemplaba fijamente a Koble-Smithson, preguntó, de pronto:

—¿Qué pretenden con todo esto? ¿Quiénes son ustedes?

—No lo sé. Soy solamente un... un asalariado. No sé nada.

—¡Ah...! ¿Es sólo un asalariado? Bueno, en ese caso, no tengo por qué perder el tiempo con usted. De modo que lo voy a matar e iré en busca de otros que...

—¡No! Espere... Espere, quizá... pueda decir algo...

—Algo, no. Todo. Y quiero que empiece explicándome qué es lo que están tramando con todos esos planes bélicos. Koble, le voy a meter unas cuantas balas en el vientre si no me contesta enseguida, y con claridad. En cambio, si su explicación me satisface, quizá podamos llegar a un acuerdo.

—Sí... —Pareció animarse Smithson—. ¡Podemos llegar a un acuerdo...!

—Sin duda. Pero sólo yo decidiré... después de que usted me haya dado esa explicación. ¿Y bien?

—Bueno... Los planes bélicos, evidentemente, son para ponerlos en práctica...

—¿Dónde?

—En toda Africa. Queremos... Bueno, ellos quieren que toda Africa se ponga en pie de guerra, unos contra otros, así que... han recogido todos los planes bélicos, con el fin de ponerlos en marcha cuanto antes...

—¿Quiénes son ellos?

—Fabricantes de armas de Sudáfrica.

—¿Cuál es el verdadero nombre de usted? —preguntó Elvis, sin descuidar la conducción.

—Smithson...

—¿Dan Smithson, de la
Smithson &
Borden Enterprises?

Smithson no contestó. Estaba demudado, casi parecía un cadáver. Elvis le lanzó una mirada por el retrovisor y apretó los labios.

—¿Qué sabes de eso, mi amor? —preguntó Alice.

—La
Smithson &
Boeden Enterprises, como otras fábricas de armamento recién montadas en Sudáfrica, están lanzando al mercado excelentes armas... Es decir, están fabricando demasiadas armas y no pueden colocarlas todas. Esas armas, en principio, fueron fabricadas para que los blancos de Sudáfrica pudiesen estar bien preparados en todo momento contra los negros para mantenerlos a raya. En cualquier hogar blanco de Sudáfrica, hay armas, y hasta los niños están aprendiendo a utilizarlas... Hasta aquí, eso sólo demuestra que el racismo sigue rabiosamente vigente en Sudáfrica, y que los blancos no darán su brazo a torcer por las buenas. Así pues, se arman, mientras que los negros no disponen de esa clase de material... Pero ahora, al parecer, los fabricantes de armas se encuentran con un problema: el negocio es demasiado bueno... para dejarlo; sin embargo, el mercado interior se va saturando, ya no venden tantas armas. ¿Así, pues, han de dejar el negocio? Al parecer, han optado por otra cosa: organizar unas cuantas guerras en el continente africano a fin de poder vender sus grandes producciones de armas a los bandos beligerantes. La

Smithson &
Borden Enterprises es sólo una de esas fábricas. Luego están la Maalder Inc., la...

—¿Es eso cierto? —preguntó Alice, mirando de un modo escalofriante a Smithson—. ¿Es cierto?

—Bueno...

—¿Es o no es cierto? —gritó Alice.

—¡Sí, es cierto, es cierto...! ¡Pero podemos llegar a un acuerdo;

hay tanto dinero a ganar que ustedes podrían llevarse una parte de los...!

—¡Cállese! ¡Cállese, cerdo maldito, o lo mato aquí y ahora mismo! *¡Cierre su sucia boca de criminal!*

Smithson abrió la boca, pero algo debió ver en los ojos de Alice que le impulsó a cerrarla inmediatamente. El coche estaba saliendo ya de Marbella, hacia el interior. Dentro, sus ocupantes permanecían en completo, sombrío silencio.

Por fin, Elvis sacó el coche de la carretera, circuló un par de minutos por un camino y entonces frenó. Casi enseguida, dos hombres aparecieron junto al coche, abrieron la portezuela del lado de Smithson y tendieron los brazos hacia éste, que los miró sobresaltado.

—Esperen —susurró Alice; miró a Smithson—. ¿Es usted el Smithson de la Smithson & Borden Enterprises?

—Sí...

—¿Y los que están en el yate son otros fabricantes de armas?

—Sí... Pero escuche, si ustedes se avienen...

—Sáquenlo de aquí —jadeó Alice—. ¡Quítenme de delante esa basura!

Las manos de los dos hombres del exterior se tendieron de nuevo hacia Smithson, pero éste se encogió en el asiento, chillando.

—¡No! ¡Tenemos mucho dinero y aún tendremos, más! ¡Podemos enriquecernos todos, les daremos...!

Elvis se volvió completamente, sacó la pistola, apuntó al pecho de Koble-Smithson y apretó el gatillo. Se oyó el suave chasquido del silenciador y la bala inmovilizó bruscamente a Smithson, que quedó con los ojos fuera de las órbitas y la boca desencajada, como un angustioso corte en el lívido rostro.

—Ya han oído a Alice —dijo tranquilamente Elvis—. Saquen de aquí esta basura... y que nadie la encuentre jamás. Y mañana por la mañana pasen a recoger este coche al muelle de Marbella.

—Sí —casi tartamudeó uno de los agentes de la Wwww—. Sí, señor... Entendido... ¡Sí, señor!

Un minuto más tarde, todo era silencio. Elvis y Alice estaban solos en el coche, ella todavía con la revista ocultando su mano

derecha. Elvis pasó al asiento de atrás, le quitó la revista, hizo lo mismo con la pistola y la tomó de la barbilla, obligándola a mirarle.

—Alice —murmuró.

Ella desvió los ojos hacia él, parpadeó, y asintió.

—Lo sé —murmuró—: todavía no hemos terminado.

El la besó en los labios, suavemente.

—Yo me encargaré del resto —dijo.

* * *

Por fin, uno de los tripulantes del «Buena Esperanza» consiguió entenderse, en regular español, con el hombre que había llegado minutos antes con dos grandes paquetes, asegurando que le enviaba el señor Smithson, y se acercó a los cuatro personajes que le esperaban impacientes.

—Según parece, el señor Smithson estuvo en la tienda de artículos fotográficos donde trabaja este hombre, compró todo esto y lo envió aquí, mientras él se iba a comprar más material a Málaga. Eso es lo que he entendido, al menos, señor Maalder.

—Está bien —asintió Maalder—. ¿Qué más?

—Nada más. Bueno, este señor dice que el señor Smithson quiere que pasemos a recogerlo en Málaga. Parece que alquiló un taxi al salir de la tienda y se fue directamente allá.

Los cuatro hombres cambiaron una mirada. Borden fue el que zanjó la cuestión, mientras miraba al hombre alto, pero un tanto encorvado, que había traído los paquetes; llevaba unas feas melenas y cubría sus ropas con una oscura bata azul. Parecía un infeliz, que para adquirir personalidad recurría a las melenas.

—Está bien. Déle algo de dinero a ese hombre y que se vaya. Nosotros zarparemos ahora mismo hacia Málaga, así que prepárenlo todo. Nosotros vamos a bajar los paquetes abajo. Y nada de tocar nada. Esto es cosa de Dan...

Un minuto más tarde, el empleado de la tienda de artículos fotográficos caminaba por el muelle, alejándose del «Buena Esperanza»... Un coche se detuvo a su lado y el hombre entró, sentándose junto a la bella rubia que conducía.

—¿Qué tal? —preguntó ella.

El «pobre infeliz» asintió, se quitó la melena y aceptó el

cigarrillo que acababa de encender Alice. Ésta movió el coche hasta encontrar un lugar permitido y desde donde pudiesen ver al «Buena Esperanza», que ya estaba zarpando.

Alice encendió otro cigarrillo para sí y quedó mirando la blanca forma coronada por las luces reglamentarias de navegación. De pronto, miró hacia Elvis y sonrió crispadamente.

—Bueno —suspiró—. ¡Me parece que éste es el resultado final del Premio Koble de la Guerra!

Elvis no contestó. De la guantera del coche sacó una pequeña caja, poco mayor que un paquete de cigarrillos, con dos botones en la parte inferior. Permanecieron en silencio, esperando, hasta que Alice murmuró:

—Yo creo que ya está lo bastante mar adentro.

—Sin duda.

Elvis apretó uno de los botones de aquella cajita... y allá lejos, en el mar, uno de los paquetes que contenían «artículos fotográficos» estalló fortísimamente, haciendo saltar convertido en astillas el fabuloso yate «Buena Esperanza». Los dos vieron el resplandor rojo en el cielo, y luego oyeron el estampido, atenuado por la distancia.

—Bueno —suspiró Alice—. Asunto terminado. ¿Qué podemos hacer ahora? ¿Se te ocurre algo?

ESTE ES EL FINAL

Elvis dejó bruscamente de besar a Alice, que emitió un grito y le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... qué pasa, qué pasa...? —exclamó.

—¡Hemos olvidado la avioneta en Casablanca! —exclamó él.

La preciosa Alice lo obsequió con un gesto de pasmo.

—¡Cielos! —Se sentó en la cama de un salto—. ¡Es verdad! ¿Qué hacemos ahora?

—¡Y yo qué demonios sé!

—¿Lo ves? —lo señaló ella, riendo—. ¡Siempre alardeando de buena memoria... y te olvidas *una avioneta*!

—No le veo la gracia.

—Bueno, no empieces a poner cara de malas pulgas, ya sabes que a mí no me impresionas. Podemos hacerlo a votación. Veamos... yo soy partidaria de continuar en este precioso hotel de Marbella un par de días más, tomando el sol, nadando, contemplando el mar desde la terraza de esta *suite*... ¡Ya iremos a por la avioneta!

La llamada a la puerta de la *suite* los sobresaltó a los dos. Ciertamente, no esperaban a nadie, de modo que cambiaron una mirada súbitamente seria. Enseguida, Elvis se llevó un dedo a los labios, saltó de la cama, se puso el batín y se metió en el bolsillo una pistola.

—Tú espera aquí —susurró.

—Bueno.

Elvis salió del dormitorio... Cuando regresó, apenas un minuto más tarde, lo hizo empujando un carrito con silenciosas ruedas, en cuya bandeja reluciente se veían un ramo de flores y un cubo de plata con una botella de champaña rezumante de frío. Y dos copas.

—Caramba —abrió mucho los ojos Alice, que tenía una pistola en la mano—. ¿Y eso qué es, mi amor?

—Hay una tarjeta —dijo él, tomándola del ramo de flores; se acercó a Alice, la besó en un seno y se la entregó—. Mira a ver qué dice mientras yo destapo la botella.

Alice abrió el sobre, sacó la tarjeta y leyó:

—«No se preocupen por la avioneta, nosotros la recogeremos en Casablanca. Disfruten de sus vacaciones, pero estén preparados para acudir en cualquier momento a la llamada de la WWW...». ¿Qué te parece, mi amor?

¡Plop!, sonó el taponazo de la botella de champaña.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...